LOS HIJOS DE CELERINO

SALVADOR RANGEL ABUD

LOS HIJOS DE CELERINO

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Dicen que a San Hilario no se llega por casualidad. Uno llega porque lo llaman los muertos, o porque ya no tiene a dónde ir. El camino es de tierra colorada que se pega a las suelas como sangre seca, y cuando llueve se vuelve lodo que chupa los pies hasta el tobillo. Dicen también que quien pisa esa tierra ya no se va nunca del todo. Algo se queda ahí, enterrado con las raíces del mezquite.

Celerino murió como había vivido: con trampa. Su testamento es un laberinto diseñado con la malicia afectuosa de quien conoce perfectamente a sus hijos y ha decidido, desde el otro lado, seguir metiéndose en sus vidas. Lo que hereda no es solo tierra: es una disputa que lleva décadas gestándose, un pueblo entero que tiene opinión sobre todo, y una serie de situaciones que solo pueden ocurrir en un lugar donde los muertos aparecen en el maizal, los burros tienen más sentido común que los jueces, las vacas rezan en La Noria y el diluvio del 93 sigue siendo tema de conversación como si hubiera ocurrido la semana pasada.

Los Hijos de Celerino es una novela coral de once capítulos, cada uno con su propio protagonista — Cosme, Agapito, Gloria y el resto de una familia que se parece mucho a todas las familias rurales mexicanas que han existido — reunidos alrededor de la herencia de un hombre que sabía exactamente lo que hacía cuando no dejó las cosas claras.

Una historia de tierra, memoria, humor y raíces que no sueltan. Una novela bucólico-costumbrista construida con la ternura de quien conoce ese mundo desde adentro y con la honestidad de quien no lo idealiza.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene humor rural de alta precisión, disputas familiares de larga data, aparecidos del rancho Amapola, un velorio que se prolonga más de lo razonable, una guerra de linderos narrada con la gravedad que merece, y una cantidad considerable de sabiduría popular que el lector urbano podría no haber esperado encontrar en un burro. No contiene violencia. Sí contiene nostalgia del tipo que no duele, sino que calienta.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias por el Instituto Nacional de Salud Pública, además de escritor aficionado.

En *Los Hijos de Celerino* regresa al territorio más cercano: la narrativa costumbrista mexicana de raíz rural, construida desde la memoria colectiva, el humor vernáculo y la observación de un mundo que cambia despacio pero no deja de cambiar. En una obra que abarca Londres, São Paulo, Estocolmo y Alemania, entre otros escenarios, esta novela representa el regreso a la tierra colorada de donde viene todo lo demás.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Los Hijos de Celerino

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela costumbrista / Narrativa rural / Comedia de costumbres

Extensión: ~29,500 palabras aproximadamente

Estructura: Prólogo + 11 capítulos + Epílogo

Ambientación: San Hilario, México rural

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació del deseo de preservar un mundo que existe cada vez menos: el de los pueblos pequeños donde todos se conocen, donde los muertos no se van del todo porque siguen siendo tema de conversación, donde la justicia tiene más que ver con la comunidad que con el código civil, y donde la sabiduría colectiva se transmite en la forma de dichos, aparecidos y burros con mejor criterio que muchos abogados.

Celerino no es un personaje excepcional. Es el tipo de patriarca rural que cualquier familia mexicana reconocerá: testarudo, afectuoso a su manera, perfectamente consciente de las debilidades de cada uno de sus hijos y con una última jugada guardada para después de muerto. Su herencia no es solo material: es una forma de seguir presente, de seguir importando, de obligar a los vivos a hablar entre ellos aunque sea para pelearse.

San Hilario es un pueblo inventado que se parece a muchos pueblos reales. Esa es, quizás, su mayor virtud.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

costumbrismo · narrativa rural · México · familia · herencia · humor vernáculo · pueblo · tradición · memoria colectiva · comedia de costumbres · novela coral · novela en español · campo mexicano · identidad · raíces

---

TEMAS PRINCIPALES

La novela no trata sobre una herencia sino sobre lo que la herencia revela: la anatomía de una familia rural mexicana con sus tensiones, sus afectos no dichos, su humor como forma de sobrevivencia y su memoria como forma de identidad. A lo largo de sus once capítulos, *Los Hijos de Celerino* explora la familia como comunidad de destino donde nadie eligió a nadie pero todos se pertenecen de todas formas, el pueblo pequeño como espacio donde lo sagrado y lo cotidiano conviven sin contradicción —las vacas que rezan, el burro que juzga, los aparecidos que aparecen—, la herencia como acto de amor indirecto de un hombre que no sabía expresarlo de otra manera, la memoria colectiva como tejido que sostiene la identidad de una comunidad aunque sus miembros se dispersen, y la ternura como registro narrativo que no excluye la honestidad ni el humor sino que los contiene. El epílogo, titulado "Con espinas", cierra con la honestidad de quien sabe que las raíces no son solo dulzura.

CITAS DESTACADAS

"Dicen que a San Hilario no se llega por casualidad. Uno llega porque lo llaman los muertos, o porque ya no tiene a dónde ir."

"El camino es de tierra colorada que se pega a las suelas como sangre seca."

"Quien pisa esa tierra ya no se va nunca del todo. Algo se queda ahí, enterrado con las raíces del mezquite."

"Celerino murió como había vivido: con trampa."

"Los muertos de San Hilario no se van del todo. Siguen siendo tema de conversación, que es la única inmortalidad que importa."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en *Los Hijos de Celerino* un territorio narrativo cercano, con el acento propio de la narrativa rural mexicana contemporánea.

Juan Rulfo (*Pedro Páramo*, *El llano en llamas*): el pueblo mexicano donde los muertos y los vivos comparten el mismo espacio narrativo, y donde la tierra lo explica todo. Agustín Yáñez (*Al filo del agua*): la vida interior de un pueblo cerrado narrada con precisión etnográfica y afecto sostenido. Elena Poniatowska (*Hasta no verte Jesús mío*): la voz popular mexicana elevada a literatura sin perder su autenticidad ni su humor. Gabriel García Márquez (*Cien años de soledad*, *El coronel no tiene quien le escriba*): el realismo mágico como forma natural de narrar comunidades donde lo extraordinario es parte del paisaje cotidiano.

Dentro de la narrativa de Salvador Rangel Abud, esta novela representa el polo opuesto a sus thrillers médicos y sus dramas psicológicos: donde aquellas obras trabajan la tensión y el deterioro, *Los Hijos de Celerino* trabaja la permanencia y el arraigo. Es su novela más mexicana, y en ese sentido, quizás la más personal.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

El testamento de Celerino es descrito como una "trampa". ¿Cree usted que fue un acto de malicia, de amor, o de ambas cosas simultáneamente?

Cada capítulo tiene su propio protagonista pero todos orbitan alrededor de Celerino, que ya está muerto. ¿Cómo construye la novela la presencia de alguien que no aparece en ninguna escena?

San Hilario tiene sus propios aparecidos, su propio burro sabio, su propio diluvio mítico. ¿Qué función cumple lo sobrenatural en una novela que es fundamentalmente realista?

El epílogo se titula "Con espinas". ¿Qué dice ese título sobre la visión que la novela tiene de las raíces y la pertenencia?

¿Reconoce usted en la familia de Celerino dinámicas que también existen en familias urbanas? ¿Qué cambia y qué permanece igual cuando se traslada ese tipo de conflicto del campo a la ciudad?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). Los Hijos de Celerino. Internet Archive. https://archive.org

MLA: Rangel Abud, Salvador. Los Hijos de Celerino. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. Los Hijos de Celerino. Internet Archive, 2026.

CONTACTO Y OTRAS OBRAS

Correo electrónico: wrangel.1352@gmail.com

Salvador Rangel Abud es autor de más de cincuenta novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la comedia

negra, la ficción especulativa, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, la comedia eclesiástica, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia, la comedia romántica, el thriller psicológico clínico y —como demuestra esta entrega— la novela bucólico-costumbrista de raíz rural mexicana. Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

Hay novelas que uno escribe para entender algo que no entiende, y novelas que uno escribe para no olvidar algo que sabe perfectamente pero que el tiempo amenaza con borrar. *Los Hijos de Celerino* pertenece a la segunda categoría.

San Hilario es un pueblo inventado que se parece a muchos pueblos reales: a los que están vaciándose de jóvenes, a los que conservan sus aparecidos y sus disputas de linderos y sus velorios eternos como formas de resistencia contra el olvido, a los que tienen un Celerino enterrado en el cementerio local que sigue siendo tema de conversación décadas después de su muerte porque hay personas que ocupan tanto espacio en vida que ni la muerte les alcanza para contenerse.

Esta novela existe para que San Hilario no se olvide. Y para recordarnos que las raíces —con espinas y todo— son la única parte de nosotros que no miente.

© 2026 Salvador Rangel Abud · CC BY-NC-ND 4.0 · wrangel.1352@gmail.com · Internet Archive

INDICE

Prólogo: La Herencia
Capítulo 1: El último resuello de Celerino
Capítulo 2: Testamento con trampa
Capítulo 3: Cosme y la fertilidad del Gran Lucero
Capítulo 4: Agapito, el vaquero del agua bendita
Capítulo 5: Gloria del Cerro Grande
Capítulo 6: El velorio eterno
Capítulo 7: Los aparecidos del Amapola
Capítulo 8: La guerra de los linderos
Capítulo 9: Milagros, santos y comadres
Capítulo 10: El juicio del burro sabio
Capítulo 11: El diluvio del 93

Epílogo: Con espinas

PRÓLOGO

La herencia

Dicen que a San Hilario no se llega por casualidad. Uno llega porque lo llaman los muertos, o porque ya no tiene a dónde ir. El camino es de tierra colorada que se pega a las suelas como sangre seca, y cuando llueve se vuelve lodo que chupa los pies hasta el tobillo. Dicen también que quien pisa esa tierra ya no se va nunca del todo. Algo se queda ahí, enterrado con las raíces del mezquite.

Yo llegué siguiendo el rumor de una herencia maldita. Me habían contado en Pachuca que tres hermanos se habían vuelto locos por unas tierras, que habían muerto vacas y nacido criaturas sin nombre, que el río corría para arriba y que un burro hablaba latín en las madrugadas. Cosas que uno oye y no cree, pero que lo dejan pensando.

El que me contó la historia fue Abundio Martínez, arriero de profesión y mentiroso de vocación, que conocía todos los caminos de la sierra y todas las desgracias que habían pasado por ellos. Me dijo que la historia empezó con la muerte de Celerino Avitia, el dueño del Rancho San Hilario, aunque en realidad empezó mucho antes, cuando Celerino decidió que sus hijos tenían que ganarse la herencia como si fuera un premio de la lotería.

—¿Y por qué no les dejó las tierras sin tanto enredo? —le pregunté.

—Porque Celerino era de los que creen que lo que cuesta trabajo se valora más —me respondió—. Pero se equivocó. A sus hijos les dio trabajo, pero no les dio entendimiento. Y sin entendimiento, el trabajo se vuelve locura.

El Rancho San Hilario de las Amapolas se extiende por tres lomas que parecen lomos de animal dormido. Al centro está el Gran Lucero, tierra negra y gorda donde hasta las piedras reverdecen. Al oriente se abre La Noria, con su pasto que verdea todo el año y su agua que nunca se seca. Al poniente se alza el Cerro Grande, donde nace el río que luego se hace arroyo y después se pierde en la tierra como si nunca hubiera existido.

Celerino Avitia fundó ese rancho en los años cuarenta, cuando todavía había tierra que repartir y hombres que sabían trabajarla. Dicen que llegó sin más capital que un caballo flaco y una escopeta con dos cartuchos, pero que tenía algo que vale más que el dinero: la certeza de que la tierra lo estaba esperando.

Los primeros años fueron de hambre y de lluvia escasa. Celerino sembraba maíz que se secaba antes de echar mazorca, criaba gallinas que se las comían los coyotes y vacas que se morían de sed. Pero él no se daba por vencido. Trabajaba de sol a sol, hablaba con la tierra como si fuera mujer, y cuando las cosas se ponían muy difíciles, se emborrachaba con mezcal y le gritaba a Dios que si no lo iba a ayudar, por lo menos no lo estorbara.

La tierra, que había visto pasar muchos hombres desesperados, decidió que Celerino era diferente. Empezó a darle cosechas abundantes, lluvia en tiempo, y ganado que se multiplicaba como bendición. En quince años, Celerino se volvió el hombre más próspero de Huehuetzia, aunque eso no dijera mucho en un pueblo donde tener dos burros ya era signo de riqueza.

Se casó con Dolores Quiñones, una mujer de ojos grandes y manos callosas que sabía hacer milagros en la cocina y que no le tenía miedo ni a Dios ni al diablo. Tuvieron cuatro hijos, aunque sólo tres llegaron a grandes. El cuarto, que se llamaba Hilario como el santo del rancho, se murió de calentura a los cinco años, y Celerino nunca volvió a ser el mismo.

Después de eso, Celerino se volvió desconfiado. Empezó a ver enemigos donde no los había, a guardar dinero debajo del colchón y a enseñarles a sus hijos que el mundo estaba lleno de gente que quería quitarles lo que habían ganado con sudor.

—La tierra no se regala —les decía—. Se gana. Y el que no sabe ganarla, no la merece.

Dolores se murió de parto cuando Gloria tenía quince años. El niño que traía en el vientre también se murió, y Celerino se quedó solo con sus tres hijos, más amargado que hiel de coyote. Desde entonces, el rancho se llenó de silencios y de rencores que crecían como mala hierba.

Cosme, el mayor, había heredado la ambición del padre pero no su instinto para la tierra. Había estudiado hasta segundo de secundaria en Pachuca y había leído libros de agricultura que le llenaron la cabeza de ideas modernas. Hablaba de fertilizantes químicos, de semillas mejoradas y de técnicas de cultivo que nadie entendía. Soñaba con convertir el Gran Lucero en una empresa agrícola que diera trabajo a todo Huehuetzia.

Agapito, el de en medio, era el que más se parecía a Celerino en el carácter, pero le faltaba la paciencia de su padre. Quería resultados inmediatos, ganancia rápida, y se desesperaba cuando las vacas no parían o cuando el pasto crecía lento. Había puesto los ojos en La Noria porque ahí el agua corría todo el año y el ganado engordaba sin mucho esfuerzo.

Gloria, la más chica, era la que menos hablaba pero la que más observaba. Había heredado los ojos grandes de su madre y también su capacidad para ver cosas que otros no veían. Le gustaba subir al Cerro Grande a oír el ruido del río cuando nacía, y decía que ahí arriba se podía platicar con los muertos si uno sabía cómo hacerlo.

Los tres hermanos se querían a su manera, pero los tres querían lo mismo: quedarse con la mejor parte de la herencia. Y como Celerino no decía nada claro, cada uno empezó a hacer planes por su cuenta.

La enfermedad de Celerino llegó como llegan las desgracias: sin avisar y para quedarse. Empezó con una tos que no se le quitaba, siguió con un cansancio que lo dejaba sin fuerzas para levantarse de la cama, y terminó con delirios en los que hablaba con Dolores como si estuviera viva.

—Ya me voy —le decía—. Pero antes tengo que arreglar lo de los muchachos.

El problema era que Celerino no sabía cómo arreglar lo de los muchachos. Había trabajado toda la vida para dejarles una herencia, pero no sabía cómo repartirla sin que se mataran entre ellos. Conocía a sus hijos, sabía que Cosme era ambicioso, que Agapito era impaciente y que Gloria era terca. Sabía también que ninguno de los tres entendía la tierra como él la entendía.

Fue entonces cuando mandó llamar al padre Tenoch, un cura que había llegado a Huehuetzia hacía diez años y que tenía fama de saber escribir testamentos que nadie podía impugnar. El padre Tenoch era un hombre flaco y nervioso, con ojos de ratón y manos que se movían como si estuvieran espantando moscas. Había estudiado en el seminario de Tulancingo y sabía latín, pero también sabía que en Huehuetzia las leyes de Dios a veces tenían que adaptarse a las costumbres de los hombres.

—Padre —le dijo Celerino—, quiero dejarles las tierras a mis hijos, pero no sé cómo hacer para que no se maten por ellas.

—Don Celerino —le respondió el cura—, la tierra es de Dios, pero la herencia es de los hombres. Usted haga el testamento como le parezca mejor, y que sea la Providencia la que decida.

Celerino le dictó el testamento en tres sesiones, entre ataques de tos y sorbos de té de buganvilia. El documento quedó lleno de tachaduras, correcciones y cláusulas que se contradecían entre sí. Además, Celerino insistió en agregar una cláusula en náhuatl que había aprendido de su abuelo, un indio otomí que decía que ciertas palabras sólo se podían decir en lengua antigua.

El testamento establecía que los tres hijos tenían derecho a la herencia, pero tenían que demostrar que sabían cuidar la tierra. No decía cómo tenían que

demostrarlo, ni cuánto tiempo tenían para hacerlo, ni quién iba a juzgar si lo habían hecho bien. Sólo decía que el rancho era de los tres, pero que cada uno tenía que ganarse su parte.

—¿Y si no se ponen de acuerdo? —preguntó el padre Tenoch.

—Entonces que se quede el rancho sin dueño —dijo Celerino—. A ver si así aprenden a respetarlo.

Celerino se murió en una madrugada de octubre, cuando las amapolas estaban floreciendo en el cerro. Dicen que sus últimas palabras fueron: "Cuiden la tierra, que ella los va a cuidar a ustedes." Pero nadie las oyó, porque estaba solo en su cuarto. Los hijos se habían quedado dormidos en la cocina, después de una noche de discusiones sobre el testamento.

El velorio duró tres días, no porque Celerino fuera muy querido, sino porque nadie se ponía de acuerdo en dónde enterrarlo. Cosme quería que lo sepultaran en el Gran Lucero, debajo del árbol de zapote que Celerino había plantado cuando nació su primer hijo. Agapito insistía en que el lugar indicado era La Noria, junto a la piedra donde Celerino se sentaba a ver pastar el ganado. Gloria decía que el único lugar digno era el Cerro Grande, donde su padre había hecho su primera cerca.

Mientras tanto, el cuerpo de Celerino se descomponía en el calor de octubre, y los visitantes empezaron a quejarse del olor. Fue entonces cuando don Gorgonio, el compadre más viejo de Celerino, sugirió que lo enterraran en el único lugar que quedaba libre: el terreno de atrás de la casa, donde había estado la letrina vieja.

—Al fin y al cabo —dijo don Gorgonio—, Celerino siempre fue muy práctico. No creo que le importe.

Lo enterraron ahí, entre rezos a medias y discusiones sobre quién iba a pagar las flores. Desde ese día, nada volvió a ser igual en el Rancho San Hilario.

Los problemas empezaron una semana después del entierro. Cosme llegó al Gran Lucero con una cuadrilla de peones y empezó a limpiar el terreno para sembrar jitomate. Agapito se apareció con un alambre de púas y comenzó a cercar La Noria. Gloria construyó una cabaña de adobe en la falda del Cerro Grande y se instaló ahí con sus gallinas y sus gatos.

Cada uno reclamaba su parte como si fuera suya desde siempre. Cosme decía que el testamento le daba derecho al Gran Lucero porque era el mayor. Agapito argumentaba que La Noria le correspondía porque él era el que más sabía de ganado. Gloria insistía en que el Cerro Grande era suyo porque ella era la única que entendía los misterios de la tierra.

Las discusiones se volvieron pleitos, los pleitos se volvieron demandas, y las demandas se volvieron una guerra sorda que dividió no sólo a los hermanos, sino a todo Huehuetzia. Unos apoyaban a Cosme, otros a Agapito, y unos pocos a Gloria. La mayoría no apoyaba a nadie, pero todos opinaban.

Fue entonces cuando empezaron a pasar cosas extrañas. Las vacas de Agapito empezaron a dar leche agria. Las plantas de Cosme se secaron sin razón aparente. El río que pasaba por el terreno de Gloria cambió de cauce y se fue por otro lado.

Los animales se comportaban de manera rara. Las gallinas ponían huevos sin cáscara. Los perros aullaban sin razón. Un burro que pertenecía al compadre Gorgonio empezó a hacer ruidos que sonaban como palabras, aunque nadie entendía qué decía.

La gente empezó a murmurar que la tierra estaba enojada, que Celerino no estaba descansando en paz, que el rancho estaba maldito. Algunos decían que había que traer a un curandero para limpiar la tierra. Otros sugerían que había que sacar a Celerino del lugar donde estaba enterrado y ponerlo en un lugar más digno.

Pero los tres hermanos estaban demasiado ocupados peleándose para hacer caso de los rumores. Cada uno creía que los otros estaban usando brujería para arruinar sus cosechas. Cosme acusaba a Agapito de echar sal en sus surcos. Agapito acusaba a Gloria de hacerles mal de ojo a sus vacas. Gloria acusaba a los dos de haber envenenado el agua del río.

El juez de Huehuetzia, don Refugio Mondragón, era un hombre que había aprendido a resolver conflictos con paciencia y con soborno. Cuando los tres hermanos llegaron a su despacho con sus demandas, sus testigos y sus pruebas, don Refugio suspiró y se sirvió un vaso de pulque.

—A ver —les dijo—, explíquenme despacio, porque no entiendo nada.

Cosme le mostró el testamento y le señaló la parte donde decía que los hijos tenían derecho a la herencia. Agapito le mostró el mismo testamento y le señaló la parte donde decía que tenían que demostrar que sabían cuidar la tierra. Gloria le mostró el testamento completo y le preguntó si entendía la cláusula en náhuatl.

Don Refugio leyó el documento tres veces, se rascó la cabeza y admitió que no entendía nada.

—Este testamento parece adivinanza —dijo—. Y yo no soy adivino, soy juez.

Entonces se le ocurrió una idea que le pareció brillante:

—¿Por qué no dejan que la tierra decida? En los tiempos antiguos, cuando no había jueces ni abogados, la gente resolvía sus pleitos de manera más natural. Vamos a hacer un juicio tradicional.

—¿Qué es un juicio tradicional? —preguntó Cosme.

—Un juicio donde juzga la naturaleza —respondió don Refugio, que se había inventado la cosa en ese momento—. Vamos a dejar que un animal escoja la mejor tierra. El animal va a saber cuál es la tierra más fértil, y esa va a ser la que se quede con el ganador.

Los hermanos se miraron entre sí. La idea les pareció absurda, pero también les pareció justa. Después de todo, si la tierra iba a decidir, ninguno de ellos podría acusar a los otros de tramposos.

—¿Qué animal? —preguntó Agapito.

—Un burro —dijo don Refugio—. Los burros son sabios y no se dejan engañar.

Fue así como se decidió que el futuro del Rancho San Hilario quedaría en manos de un burro. O mejor dicho, en sus patas.

Pero esa es otra historia. Una historia que todavía se cuenta en Huehuetzia, aunque cada quien la cuenta diferente. Algunos dicen que el burro escogió la tierra más pobre para enseñarles una lección a los hermanos. Otros dicen que el burro no escogió nada, sino que se quedó parado en el centro del rancho, como si supiera que toda la tierra era una sola.

Yo sólo sé lo que me contó Abundio Martínez, y lo que vi con mis propios ojos cuando llegué a San Hilario. Vi un rancho dividido en tres partes, cada una con su cerca, su letrero y su dueño. Vi tres hermanos que vivían en la misma casa pero que no se hablaban. Vi una tierra que parecía cansada de tanto pleito.

Y vi la tumba de Celerino Avitia, junto a la casa, con una cruz de madera que decía: "Aquí yace quien quiso más a la tierra que a sus hijos."

Tal vez esa sea la verdadera moraleja de esta historia. O tal vez no haya moraleja. Tal vez sólo haya tres hermanos que nunca aprendieron que la tierra no se puede partir como un pan, que no se puede repartir como una herencia.

Tal vez por eso el río corre para arriba, y las vacas paren becerros albinos, y el burro sigue hablando en las madrugadas.

Tal vez por eso San Hilario sigue siendo un lugar donde uno llega sin querer y del que no se puede ir.

Tal vez por eso esta historia no ha terminado todavía.

Capítulo 1

El último resuello de Celerino

A Celerino Avitia lo estaban esperando para morirse. Pero no él. Él, si acaso, esperaba otra cosa. Tal vez el perdón. Tal vez la lluvia que no llegaba desde hacía tres años. Tal vez una señal de que había hecho las cosas bien.

Los que lo esperaban eran todos los demás: los hijos que se turnaban junto a su cama como buitres hambrientos, las comadres que ya tenían listo el guisado para el velorio, los compadres que habían escogido el traje negro de los entierros. Hasta los zopilotes se habían instalado en el tejado de la casa grande, como si alguien les hubiera pasado el chisme por telégrafo.

En el Rancho San Hilario de las Amapolas, cuando alguien agoniza, hasta el aire se pone de luto. Huele distinto. Se espesa. Se vuelve pegajoso y quieto,

como si Dios hubiera volteado la cara y ya no quisiera ver lo que pasaba en ese pedazo de tierra colorada.

Era bien sabido en todo Huehuetzia que Celerino ya no tenía remedio. Lo había dicho el doctor Marcelino, que venía de Pachuca una vez al mes y cobraba en gallinas. Lo había confirmado el padre Tenoch, que había empezado a visitarlo con más frecuencia de la necesaria. Lo murmuraban los animales del corral, inquietos, como si presintieran que el orden del mundo se iba a cambiar. Y lo había anunciado el gallo negro de tres espolones que cantó al revés una madrugada de febrero, cuando todavía no salía el sol.

Pero Celerino no se moría. Ahí seguía, con el cuerpo ya vuelto costal de huesos amarillos, pero con la voluntad intacta. Como si la muerte fuera una visita que podía recibir cuando se le diera la gana.

La voz se le había vuelto ronca, como si se la hubieran lijado por dentro, pero aún le servía para dar órdenes:

—No quiero ese caldo aguado. Quiero de chivo, con huesos que tengan tuétano.

—Que no me pongan esas flores en el cuarto. Huelen a muerto.

—Díganle al padre que no venga con sus latines. Que si Dios me quiere, que me lo diga en cristiano.

Las enfermeras que doña Esperanza había conseguido del pueblo se turnaban para cuidarlo, pero ninguna duraba más de una semana. No era que Celerino fuera grosero. Es que tenía la costumbre de mirar a la gente como si les estuviera leyendo los pecados en la frente.

Los tres hijos habían organizado la vigilancia como si fuera un negocio. Cosme tomaba el turno de la mañana, cuando el viejo estaba más calmado. Agapito se quedaba por las tardes, que era cuando Celerino pedía cuentas de todo lo que había pasado en el rancho durante el día. Y Gloria velaba las noches, que era cuando el enfermo deliraba y hablaba con los muertos.

Cosme, el mayor, llevaba una libreta donde anotaba todo: cuánto se gastaba en medicinas, cuántos días faltaban para que se acabara el dinero, cuántas visitas llegaban por día. Ya tenía calculado el costo del ataúd, el precio de las flores y hasta el número de misas que se iban a rezar. Había mandado a hacer tarjetas de presentación que decían: "Cosme Avitia, Propietario del Gran Lucero". Las tenía guardadas en un sobre, esperando el momento de usarlas.

Agapito no era tan meticuloso, pero sí más directo. Había empezado a hablarle a todo el mundo como si ya fuera el dueño de La Noria. Había cambiado el letrero del portón: tachó "Rancho San Hilario de las Amapolas" y escribió encima, con cal viva: "Propiedad de Agapito Avitia e Hijos". Todavía no tenía hijos, pero le gustaba cómo sonaba.

Gloria era la que menos hablaba, pero la que más observaba. Dormía en una hamaca que había colgado afuera del cuarto de su padre, con una libreta donde dibujaba cosas que nadie le conocía. Algunos decían que eran mapas

del rancho. Otros, que eran retratos de los muertos de la familia. Lo cierto es que había comenzado a subir todas las tardes al Cerro Grande, y que había plantado un espantapájaros vestido de mujer en la cima.

El pleito todavía no empezaba, pero ya se sentía en el aire. Como se siente el temblor antes de que la tierra se agriete. Como se siente la tormenta cuando las nubes se ponen negras pero aún no llueve.

Los tres hermanos se querían, o habían llegado a creer que se querían. Pero también sabían que cuando muriera Celerino, el cariño se iba a poner a prueba. Y ninguno estaba seguro de que fuera a resistir.

El pueblo hacía apuestas. En la cantina "El Resuello Final", don Camerino había puesto un pizarrón donde la gente podía apostar cuándo se iba a morir Celerino. Había diecisiete cuadernos llenos de fechas y nombres. Hasta el juez municipal había puesto sus dos pesos.

Pero el viejo no se moría. Ahí seguía, respirando como si cada resuello fuera un acto de terquedad.

—Está esperando algo —decía doña Esperanza—. Los que están esperando algo no se mueren. Se quedan hasta que llega lo que esperan.

—¿Y qué puede estar esperando? —le preguntó Gloria.

—Que ustedes se pongan de acuerdo. O que se den cuenta de que no se van a poner de acuerdo nunca.

Era cierto que Celerino había cambiado. Ya no daba órdenes sobre el trabajo del rancho. Ya no preguntaba por el ganado ni por las cosechas. Lo único que hacía era mirar por la ventana, como si estuviera buscando algo en el horizonte.

A veces hablaba solo. Decía cosas que nadie entendía:

—La tierra se va a cansar de tanto pleito.

—Hay que juntar a los burros antes de que se pierdan.

—El agua se va a ir por otro lado si no la cuidan.

Gloria era la única que ponía atención a esos delirios. Había empezado a anotar todo lo que decía su padre, como si fueran profecías. Cosme y Agapito pensaban que era una pérdida de tiempo.

—El viejo ya no está en sus cabales —decía Cosme—. Hay que hacer planes para cuando ya no esté.

—Lo que hay que hacer es decidir quién se va a quedar con qué —decía Agapito—. Antes de que se nos venga encima todo el pueblo a reclamar deudas.

Pero Gloria pensaba que su padre sabía exactamente lo que decía. Que había visto algo que ellos no habían visto. Que estaba tratando de advertirles de algo que iba a pasar.

Las noches eran las peores. Celerino se agitaba, se quejaba, hablaba con Dolores como si estuviera ahí, sentada en la mecedora donde se había mecido durante treinta años.

—¿Ya llegó la hora, Dolores?

—No me digas que tengo que quedarme más tiempo.

—Estos muchachos no entienden nada. No saben que la tierra no se puede partir como un pan.

—¿Tú qué opinas? ¿Les dejo todo junto o les doy a cada uno su pedazo?

Gloria le ponía paños fríos en la frente y le daba agua de hierbas. Pero no le decía nada. Sabía que su padre no le estaba hablando a ella.

Una noche, Celerino despertó más tranquilo. Le pidió a Gloria que lo ayudara a sentarse en la cama.

—¿Sabes qué es lo que más me duele? —le dijo.

—¿Qué, papá?

—Que ustedes tres se van a odiar por mi culpa. Yo trabajé toda la vida para dejarles algo, y lo único que les voy a dejar es una razón para pelearse.

—No se preocupe, papá. Nosotros nos vamos a saber arreglar.

—No, mija. Yo los conozco. Conozco a tu hermano Cosme, que cree que todo se puede resolver con libros y con cuentas. Conozco a tu hermano Agapito, que cree que la fuerza es la única ley. Y te conozco a ti, que eres la más terca de todos.

Gloria no supo qué responder. Sabía que su padre tenía razón.

—El problema es que ninguno de ustedes entiende la tierra como yo la entiendo. Para ustedes es una propiedad. Para mí era una compañera.

—¿Por qué no nos enseñó, papá?

—Porque pensé que iban a aprender solos. Pero me equivoqué. Hay cosas que no se aprenden. Se sienten. Y ustedes ya no saben sentir.

Esa fue la última conversación que tuvo Celerino con alguno de sus hijos. Después de esa noche, ya no volvió a hablar con claridad.

Pasaron tres días más. Tres días en los que Celerino parecía estar viviendo en otra parte. Movía los labios como si estuviera rezando, pero no salía ningún sonido. Movía las manos como si estuviera acariciando algo, pero no había nada que tocar.

El cuarto se llenó de un olor raro. No era olor a enfermo ni olor a medicina. Era olor a tierra mojada, como si hubiera llovido adentro de la casa.

La última noche, Celerino pidió agua. No mezcal, que era lo que había tomado durante cincuenta años. No té de hierbas, que era lo que tomaba cuando se sentía mal. Agua limpia, como si quisiera lavarse por dentro antes de irse.

Se la dio Gloria, en el vaso de peltre que había sido de su madre. Celerino bebió despacio, como si estuviera saboreando cada gota.

—Ahí viene la Dolores —dijo.

Y exhaló una nube de vapor que olía a eucalipto y a tiempo perdido.

Murió como había vivido: sin pedir permiso, sin dar explicaciones, sin decir adiós.

El primer grito no lo dio ninguno de los hijos. Lo dio una burra que rebuznó en el corral con tal fuerza que se cayeron dos macetas del alféizar. Después se oyó el llanto de una gallina que cacareó como si fuera gallo. Después el ladrido de un perro que no era de la casa pero que apareció de la nada y se quedó aullando hasta que salió el sol.

Cosme se santiguó como si estuviera en misa. Agapito se fue corriendo a despertar a los trabajadores. Gloria se quedó sentada junto a la cama, mirando el cuerpo inmóvil como quien mira una piedra que al fin se rindió al río.

—Se acabó —fue lo único que dijo.

Pero sabía que no se había acabado nada. Que todo apenas comenzaba.

Al amanecer, ya se había corrido la voz por todo Huehuetzia. Llegaron las comadres con sus guisados de luto. Llegaron los compadres con sus caras de pésame. Llegaron los acreedores con sus cuentas pendientes. Llegó el padre Tenoch con sus latines y sus aspersiones. Llegó hasta un mariachi de tres músicos que se había enterado en el pueblo vecino.

El velorio fue una mezcla de nostalgia, negocio y feria. Se vendieron buñuelos y aguas frescas. Se rifó una gallina ponedora. Se contaron historias de Celerino que cada quien recordaba diferente. Se bebió más de la cuenta y se lloró menos de lo necesario.

Pero sobre todo, se discutió. Se discutió dónde enterrar al difunto, cómo repartir los gastos, quién iba a hablar en el sepelio. Se discutió en voz baja, como corresponde a un velorio, pero se discutió.

Cosme quería enterrar a su padre bajo el mezquite grande del Gran Lucero, "para que eche sombra al recuerdo y bendiga la tierra". Agapito proponía sepultarlo junto a La Noria, "para que siga cuidando el agua y protegiendo el ganado". Gloria sugería llevarlo a la cima del Cerro Grande, "donde nadie lo moleste y pueda ver todo el rancho".

Discutieron durante seis horas. Cada uno tenía sus razones. Cada uno tenía sus derechos. Cada uno tenía su verdad.

Al final, fue el compadre Gorgonio quien propuso la solución:

—¿Por qué no lo enterramos en el centro del rancho? Ahí donde está la letrina vieja que ya no sirve. Queda a la misma distancia de los tres terrenos, y desde ahí puede cuidar todo por igual.

No era la solución que ninguno de los tres había querido, pero tampoco la que ninguno podía rechazar. Tenía una lógica que dolía, pero que no se podía discutir.

Cavaron la fosa entre todos. Cosme dirigió la operación como si fuera un proyecto de ingeniería. Agapito trabajó con la fuerza de dos hombres, como si quisiera terminar de una vez. Gloria se encargó de que la tierra fuera la más negra y la más suave, como si le estuviera preparando una cama a su padre.

Lo enterraron al atardecer, cuando el sol se ponía detrás del Cerro Grande y teñía de rojo toda la tierra del rancho. El padre Tenoch rezó los responsos en latín, como había pedido Celerino. Cosme echó el primer puñado de tierra. Agapito echó el segundo. Gloria echó el tercero.

Después, todos los demás echaron su puñado. Hasta que la fosa se llenó y quedó convertida en un montículo que parecía una loma pequeña en medio del rancho.

No le pusieron epitafio porque no se pusieron de acuerdo en qué debía decir. Sólo clavaron una cruz de huizache que Gloria había tallado esa misma tarde, y en la que había escrito con carbón: "Aquí yace Celerino Avitia. Que la tierra lo reciba como él la recibió a ella."

Esa noche, el cielo se oscureció antes de tiempo. Las gallinas no quisieron subir a sus perchas. El río cambió de rumbo sin que nadie supiera por qué. Y una mula preñada parió gemelos que nacieron con los ojos abiertos, como si hubieran visto algo que no debían haber visto.

Así comenzó el luto. Así comenzó el pleito. Así comenzó la maldición.

Porque una cosa es morirse, y otra muy distinta es lo que queda colgando en el aire después de que uno se va. Y lo que quedó colgando en el aire del Rancho San Hilario de las Amapolas fue una pregunta que Celerino se había llevado sin responder:

¿Cómo se reparte lo que no se puede partir?

Esa pregunta iba a perseguir a los tres hermanos durante muchos años. Iba a dividir al pueblo. Iba a cambiar el curso del río. Iba a hacer que las vacas parieran becerros albinos y que los burros hablaran en las madrugadas.

Pero eso, como diría el padre Tenoch, es materia de otro sermón.

Y los sermones, como las herencias, hay que oírlos completos para entenderlos.

Capítulo 2

Testamento con trampa

Los muertos no se van del todo. Se quedan ahí, agazapados entre las palabras que dejaron escritas, esperando a que alguien las lea para seguir haciendo de las suyas.

No habían terminado de echar la última palada de tierra sobre la fosa —esa fosa cavada donde antes estuvo la letrina vieja, como si el destino tuviera sentido del humor— cuando Cosme ya andaba husmeando el testamento como perro hambriento. Tenía esa urgencia que les da a los hombres cuando sienten que algo se les va a escapar de las manos.

—El difunto dijo que sus últimas voluntades estaban con el padre —declaró Cosme, limpiándose el sudor de la frente con el mismo pañuelo que había usado para llorar—. Y si hay testamento, pues hay que leerlo. Los muertos no guardan secretos para divertirse.

El padre Tenoch se aclaró la garganta como quien se prepara para dar una mala noticia. Sacó de entre los pliegues de su sotana un sobre amarillento, manchado de cera y de tiempo, y lo puso sobre la mesa del comedor como si fuera una reliquia peligrosa.

—Aquí está —dijo, y su voz sonó distinta, como si las palabras le pesaran más de lo normal—. Lo dictó don Celerino en sus últimos días. Yo nada más puse la letra donde él puso la intención.

Los tres hermanos se acercaron a la mesa. Gloria se quedó un poco atrás, con esa manera suya de estar presente sin estorbar. Agapito se frotaba las manos como si tuviera frío, aunque el calor de octubre todavía pegaba fuerte en las paredes de adobe. Cosme tomó el sobre con cuidado, como quien levanta una piedra sin saber qué animal puede salir de abajo.

El sello de cera se rompió con un chasquido seco. Adentro había tres hojas de papel de estraza, escritas con esa letra temblorosa que tienen los hombres cuando sienten que se les acaba el tiempo.

Cosme empezó a leer en voz alta, pero su voz se fue apagando conforme avanzaba en la lectura. No era el testamento que habían esperado. No era el testamento que nadie habría esperado.

"Yo, Celerino Avitia, en uso de mis cabales y en desuso de mis fuerzas, dejo constancia de mi última voluntad para que no digan que me fui sin avisar."

La primera parte sonaba normal. Era lo que dicen todos los testamentos: que uno está cuerdo, que sabe lo que hace, que reparte sus cosas porque se va a morir. Pero después venía lo otro.

"A mis tres hijos, que han crecido bajo mi sombra pero no han aprendido a dar sombra, les dejo lo que me costó cincuenta años juntar y lo que a ellos les va a costar toda la vida entender."

Cosme dejó de leer. Miró a sus hermanos como si esperara que alguno le explicara qué quería decir eso. Pero Agapito estaba concentrado en limpiarse las uñas con la punta de su navaja, y Gloria seguía mirando por la ventana, hacia el cerro donde se había puesto el sol.

—Siga leyendo —dijo Gloria sin voltear—. Los muertos no tienen prisa, pero los vivos sí.

"El rancho San Hilario no se puede partir como se parte un pan. Tampoco se puede repartir como se reparten las cartas. La tierra es una sola cosa, y si se

rompe, se muere. Pero como ustedes no van a entender esto hasta que no lo vivan en carne propia, les dejo la herencia de esta manera:"

Ahí venía la trampa. Ahí venía lo que iba a cambiar todo.

"A Cosme, por ser el mayor y por creer que los libros enseñan más que la experiencia, le dejo el Gran Lucero, si es capaz de hacer que en él no crezca más que lo que él siembre. Pero que sepa que esa tierra tiene vida propia, y que la vida propia no se domina con buenas intenciones."

Cosme sintió un frío en el estómago. El Gran Lucero era la tierra más fértil del rancho, pero también la más caprichosa. Ahí crecía de todo: lo que se sembraba y lo que no, lo que se esperaba y lo que nadie quería. Una vez había sembrado maíz y le habían nacido flores de cempasúchil. Otra vez había plantado frijol y le había crecido hierba mora que envenenó a tres becerros.

"A Agapito, por ser fuerte como el mezquite y terco como la sequía, le dejo La Noria, si puede mantener el agua clara y las vacas contentas. Pero que no olvide que el agua clara a veces esconde lo que el agua turbia enseña."

Agapito dejó de limpiarse las uñas. La Noria era lo que más había querido desde niño. Era el lugar donde el agua brotaba dulce y abundante, donde el pasto se mantenía verde aun en tiempo de secas. Pero también era el lugar donde las vacas se comportaban de manera extraña. Donde a veces mugían como si estuvieran llorando. Donde una vez encontraron a la vaca pinta hablando sola, como si estuviera rezando.

"A Gloria, por ser mujer y por eso más cerca de los misterios de la tierra, le dejo el Cerro Grande, si logra que el río siga naciendo de ahí y no se vaya a buscar otro rumbo. Pero que sepa que los ríos, como las mujeres, tienen voluntad propia y no siempre obedecen a quien cree mandarlas."

Gloria siguió sin voltear, pero ahora estaba muy quieta, como si hubiera dejado de respirar. El Cerro Grande era el lugar más difícil del rancho. Tierra pedregosa, llena de barrancos y de sombras que se movían solas. Pero también era el lugar donde nacía el río que daba vida a todo lo demás. Y últimamente, el río andaba inquieto. Se había salido de su cauce dos veces en el último año, como si estuviera buscando otro camino.

"Y si alguno de mis hijos no cumple con lo que aquí se dice, o si se ponen a pelear por lo que no entienden, entonces que se reparta todo entre los animales del monte, que ellos sí saben lo que vale la tierra sin necesidad de papeles."

El testamento siguió con detalles sobre deudas, sobre herramientas, sobre la casa grande que tendría que compartirse hasta que cada quien hiciera la suya. Pero todo eso ya no importaba. Lo que importaba era la trampa que Celerino les había dejado.

No era una herencia. Era una prueba.

Cosme dobló el testamento y se lo guardó en el bolsillo de la camisa, como si fuera una carta que no quería que nadie más leyera.

—¿Eso es todo? —preguntó Agapito.

—No —dijo el padre Tenoch—. Hay una cosa más.

Sacó otra hoja, más pequeña, escrita con tinta verde que se veía extraña bajo la luz amarillenta de la vela.

—Don Celerino me pidió que copiara esto de un libro que tenía guardado. Dijo que era por si alguien quería hacerse el listo. Está en náhuatl.

Los tres hermanos se acercaron a ver la hoja. Los caracteres eran extraños, como dibujos que hubieran cobrado vida y se hubieran convertido en palabras.

—¿Alguien sabe qué dice? —preguntó Cosme.

Gloria se acercó por primera vez. Tomó la hoja y la estudió durante un largo rato, moviendo los labios como si estuviera leyendo en voz baja.

—Dice algo así como: "El que tome lo que no es suyo perderá lo que sí era suyo. El que pelee por la tierra será peleado por la tierra. Y el que olvide que la tierra es de todos terminará siendo de nadie."

Se hizo un silencio que duró demasiado. El tipo de silencio que no se rompe con palabras, sino con acontecimientos.

Afuera, el viento empezó a soplar entre los mezquites con un sonido que nunca habían oído antes. Como si alguien estuviera susurrando secretos que no debían repetirse.

Desde esa noche, cada hermano empezó a prepararse para cumplir con su parte del testamento. Pero no por respeto al padre muerto, sino por miedo a perder lo que creían que les correspondía.

Cosme mandó venir al agrónomo de Pachuca para que le dijera cómo controlar el crecimiento de plantas no deseadas. El hombre llegó con una maleta llena de químicos y se fue dos días después, negando con la cabeza y murmurando que había cosas que la ciencia no podía explicar.

Agapito empezó a vigilar La Noria día y noche. Puso un catre junto al pozo y ahí dormía, con la escopeta al alcance de la mano, como si el agua fuera a huir si no la cuidaba. Las vacas lo miraban con desconfianza, y una de ellas —la colorada que se llamaba Esperanza— empezó a dar leche agria desde la primera semana.

Gloria hizo algo diferente. Se fue a vivir al Cerro Grande, en una cueva natural que había cerca del nacimiento del río. No llevó casi nada: una hamaca, una olla de barro, y un cuaderno donde escribía cosas que nadie sabía qué eran. Desde ahí se pasaba las horas hablando con el agua, como si fuera una persona.

Los primeros días después del entierro, todo parecía normal. El sol salía y se ponía como siempre. Las gallinas seguían poniendo huevos. Los perros seguían ladrando a las sombras.

Pero poco a poco empezaron a pasar cosas que no tenían explicación.

En el Gran Lucero empezaron a crecer plantas que nadie había visto nunca. No eran hierbas malas. Eran plantas hermosas, con flores de colores imposibles y hojas que cambiaban de forma según la hora del día. Cosme las arrancaba por las mañanas, pero por las tardes habían vuelto a crecer, más grandes y extrañas.

En La Noria, el agua seguía clara, pero tenía un sabor diferente. Las vacas la bebían, pero después se quedaban paradas junto al pozo, como si estuvieran esperando algo. Y por las noches, cuando no había luna, se oían voces que salían del agua. Voces que hablaban de cosas que habían pasado hace mucho tiempo.

En el Cerro Grande, el río empezó a correr más fuerte. Tanto, que Gloria tuvo que hacer un canal para que no se desbordara. Pero lo extraño no era que corriera más fuerte. Lo extraño era que a veces corría hacia arriba, como si hubiera olvidado hacia dónde queda el mar.

Los tres hermanos se veían en la casa grande a la hora de la comida, pero ya no hablaban como antes. Cada uno estaba obsesionado con su parte del testamento. Cada uno tenía sus problemas. Cada uno empezaba a sospechar que los otros dos estaban usando brujerías para dañar su tierra.

El pueblo se daba cuenta de que algo raro estaba pasando en el rancho San Hilario. Los que tenían que ir ahí por trabajo regresaban contando historias que cada vez sonaban menos creíbles. Que habían visto flores que brillaban en la oscuridad. Que habían oído vacas recitar el rosario. Que el río corría cuesta arriba cantando canciones tristes.

Pero lo que más les llamaba la atención era el comportamiento de los hermanos. Cosme, que siempre había sido sociable, ya no bajaba al pueblo. Agapito, que antes prestaba sus animales para las fiestas, ahora no dejaba que nadie se acercara a La Noria. Y Gloria, que había sido la más platicadora de los tres, ahora vivía en el cerro como ermitaña.

Don Gorgonio, el compadre más viejo de Celerino, fue el primero en decir lo que todos estaban pensando:

—Ese testamento no era una herencia. Era una maldición.

Pero ya era demasiado tarde para arrepentirse. Los tres hermanos estaban atrapados en la trampa que su padre les había tendido. Una trampa hecha de papel y de tinta, pero también de orgullo y de ambición.

Y las trampas, como bien sabía Celerino, no se desarman solas. Se van cerrando poco a poco, hasta que ya no hay manera de salir de ellas.

En el rancho San Hilario, el testamento había empezado a cumplirse. Pero no como los hermanos esperaban.

Nunca como los hermanos esperaban.

Porque Celerino, aun muerto, seguía siendo más listo que sus hijos vivos.

Y los muertos, cuando son listos, son más peligrosos que los vivos cuando son tontos.

Capítulo 3

Cosme y la fertilidad del Gran Lucero

A Cosme se le había metido una idea en la cabeza como se le mete a uno una astilla: doliendo y sin poderse sacar. La idea era que él iba a ser el primer hombre en hacer del Gran Lucero una tierra obediente. Una tierra que produjera lo que él quisiera y como él quisiera, sin chistar.

—Aquí no va a crecer más que lo que yo siembre —le dijo a la tierra, como si la tierra fuera una mujer a la que se le puede dar órdenes.

Pero la tierra no es mujer ni hombre. La tierra es tierra. Y tiene sus mañas.

Cosme había leído en una revista que encontró en la estación de autobuses de Pachuca que había maneras modernas de sembrar. Maneras científicas. Decía la revista que con los métodos correctos se podía hacer crecer cualquier cosa en cualquier lado. Hasta en el desierto, decía. Hasta en las piedras.

Se puso a estudiar esa revista como si fuera el catecismo. La cargaba en la bolsa de la camisa y la leía por las noches, a la luz de una vela, mientras afuera los grillos cantaban y el viento se colaba por las rendijas del jacal que se había construido en el Lucero para vigilar mejor su herencia.

La primera cosa que hizo fue contratar peones. No los del pueblo, que conocían la tierra y sus caprichos. No. Contrató gente de fuera, gente que trabajara por la promesa de un sueldo que se pagaría cuando se vendiera la primera cosecha.

—Es que los de aquí están viciados —le explicó a Agapito un día que se lo encontró en el camino—. Tienen ideas viejas. Yo necesito gente que piense moderno.

Agapito lo miró como se mira a un niño que acaba de decir que va a volar.

—Cosme, la tierra de aquí no es como la de otros lados.

—Todas las tierras son iguales si uno sabe tratarlas.

—¿Eso dice tu revista?

—Eso dice la ciencia.

Agapito se quitó el sombrero, se rascó la cabeza y se lo volvió a poner.

—Está bien, hermano. Allá tú con tu ciencia.

Y se fue, dejando a Cosme con sus ideas y sus revistas.

Los peones llegaron un lunes por la mañana. Venían de Mineral del Monte, donde habían trabajado en las minas hasta que las minas se acabaron. Eran buenos para trabajar duro, pero no sabían nada de tierra. Para ellos, la tierra era como la roca: algo que había que quebrar para que sirviera.

Cosme les dio instrucciones claras:

—Van a arrancar todo lo que no haya sembrado yo. Todo. Que no quede ni un zacate.

—¿Todo, patrón?

—Todo.

Y se pusieron a arrancar.

Arrancaron las flores de San Miguel que crecían sin permiso entre las piedras. Arrancaron los quelites que brotaban verdes y tiernos junto a los mezquites. Arrancaron las verdolagas que se habían extendido como alfombra después de las lluvias de julio. Arrancaron hasta un árbol de aguacate que daba frutos dulces como la miel y que perfumaba todo el lugar cuando florecía.

El Lucero quedó pelón como rodilla de santo. Pelón y triste, como si le hubieran cortado el pelo a una mujer bonita.

Cosme vio su tierra limpia y se sintió satisfecho. Ahora sí podía empezar a trabajar en serio.

Había hecho una lista de lo que iba a sembrar. No maíz, que era lo que siempre se había sembrado ahí. No frijol, que era lo que esperaba la tierra. No. Él iba a sembrar cosas modernas. Cosas que valieran dinero en el mercado de Pachuca.

Primero sembró rábanos japoneses. Los había visto en la revista. Decía que eran nutritivos y que se vendían caros en los restaurantes de la capital. Después sembró quinoa, que venía de Bolivia y que, según la revista, era el alimento del futuro. Y al final, en una esquina especial que preparó con abono importado de Querétaro, sembró albahaca azul de Tasmania.

—Vas a ver —le dijo a Evaristo, el caporal de los peones—. En tres meses esto va a estar lleno de plantas que ni te vas a creer.

Evaristo, que era hombre de pocas palabras, nomás asintió. Pero por dentro pensaba que el patrón había perdido la cabeza.

Los primeros días, todo parecía ir bien. Las semillas germinaron. Brotaron verdes y parejas, como soldados formados. Cosme caminaba entre los surcos todas las mañanas, midiendo el crecimiento con una regla que había comprado en Pachuca, anotando todo en un cuaderno que llevaba como si fuera un libro sagrado.

Pero después empezaron a pasar cosas raras.

Los rábanos japoneses empezaron a crecer, sí, pero no crecían como rábanos. Crecían como zanahorias. Zanahorias torcidas, moradas, que sabían a tierra mojada y que cuando las arrancabas chillaban como si les doliera.

La quinoa se transformó en elotes. Pero no elotes normales. Elotes con cara. Caras que se parecían a la gente del pueblo. Cosme encontró uno que tenía la misma sonrisa chueca de don Camerino, el de la cantina. Otro que tenía los mismos ojos tristes de doña Esperanza.

Y la albahaca azul de Tasmania se volvió menta. Después se volvió hierbabuena. Después se volvió una hierba que nadie conocía, que olía a aguardiente y que gritaba "¡ay nanita!" cuando le pegaba el sol de mediodía.

Cosme no entendía lo que pasaba. Revisaba su cuaderno, releía la revista, consultaba un almanaque que había comprado en el mercado. Pero nada le explicaba por qué su tierra no le obedecía.

—Es la humedad —les decía a los peones cuando le preguntaban.

—Es que el suelo necesita tiempo para adaptarse —les decía a los vecinos que venían a ver el espectáculo.

Pero por dentro sabía que algo andaba mal. Muy mal.

Lo peor llegó cuando apareció el árbol.

Un día, Cosme salió a revisar sus plantas y ahí estaba: en el mero centro de su sembradío, donde antes no había nada, crecía un árbol que no era como ningún árbol que hubiera visto antes. Era alto, frondoso, con hojas que cambiaban de color según la hora del día. Y de sus ramas colgaban zapatos.

No flores que parecían zapatos. No frutos con forma de zapatos. Zapatos de verdad. Sandalias de cuero, huaraches tejidos, zapatos de charol, botas de trabajo. Todos del número 23.

Cosme se quedó parado frente al árbol, con la boca abierta, tratando de entender lo que veía.

—¿Qué chingados es esto? —le preguntó al aire.

El aire no le contestó. Pero una brisa suave movió las ramas del árbol, y los zapatos sonaron como campanas.

Cosme llamó a los peones:

—¡Evaristo! ¡Vengan acá!

Los hombres llegaron corriendo y se quedaron igual de pasmados que él.

—¿De dónde salió este árbol, patrón?

—No sé. Ayer no estaba.

—¿Y los zapatos?

—Tampoco sé.

Evaristo se acercó al árbol, tocó una sandalia que colgaba de una rama baja.

—Están buenos, patrón. Se ven de buena calidad.

—No me importa si están buenos o no. Este árbol no debería estar aquí. Yo no lo sembré.

—Pues está bien plantado.

Cosme sintió que se le subía la sangre a la cabeza. Todo lo que había planeado se estaba volviendo una burla. En lugar de un rancho moderno, tenía un circo. En lugar de plantas productivas, tenía monstruos vegetales. Y ahora tenía un árbol que daba zapatos.

—¡Córtenlo! —gritó—. ¡Córtenlo ahora mismo!

Los peones trajeron hachas y machetes. Se pusieron a trabajar con ganas, porque también querían que las cosas volvieran a la normalidad.

Pero cuando el primer machete tocó la corteza del árbol, la hoja se dobló como si fuera de papel. Cuando el segundo peón intentó tumbar el árbol con un hacha, el mango se quebró en sus manos. Cuando trajeron una motosierra del pueblo, la máquina se apagó sola apenas tocó el tronco.

El árbol se quedó ahí, intacto, burlándose de ellos con su sonido de zapatos al viento.

Esa noche, Cosme no pudo dormir. Se quedó sentado en la puerta de su jacal, mirando el árbol a la luz de la luna. Los zapatos brillaban como si fueran hechos de plata.

Y entonces vio a su padre.

No era un sueño. Cosme estaba despierto, pero ahí estaba Celerino, recargado contra el tronco del árbol, tan real como cuando vivía. Vestía la misma ropa que llevaba el día que murió: pantalón de mezclilla, camisa blanca, sombrero de palma. Tenía en la mano una sandalia del árbol y se la estaba probando como si fuera la cosa más natural del mundo.

—¿Papá? —preguntó Cosme con voz temblorosa.

Celerino levantó la vista y lo miró. Tenía la misma expresión de siempre: medio enojado, medio divertido.

—¿Qué andas haciendo, Cosme?

—Tratando de cumplir con lo que me dejó en el testamento.

—¿Y qué dice el testamento?

Cosme se levantó, fue al jacal, trajo el papel y lo leyó a la luz de la luna:

—"A Cosme, por ser el mayor y por creer que los libros enseñan más que la experiencia, le dejo el Gran Lucero, si es capaz de hacer que en él no crezca más que lo que él siembre."

—Ajá. ¿Y qué sembraste?

—Rábanos japoneses, quinoa boliviana, albahaca azul de Tasmania.

Celerino se quitó la sandalia y la colgó de nuevo en el árbol.

—¿Y por qué no sembraste lo que se da aquí?

—Porque quería hacer algo moderno. Algo que valiera dinero.

—¿Y crees que eso que sembraste lo sembraste tú?

Cosme no entendía la pregunta.

—Claro que lo sembré yo. Yo compré las semillas, yo las planté, yo las regué.

Celerino sonrió. Era una sonrisa triste, como la que le había visto cuando era niño y hacía alguna travesura.

—No, Cosme. Tú sembraste ideas. Sembraste revistas. Sembraste ambición. Pero no sembraste nada tuyo.

—¿Cómo que no?

—Dime una cosa: ¿qué sientes por esta tierra?

La pregunta le pegó a Cosme como una piedra en el pecho. Se quedó callado, tratando de encontrar una respuesta.

—Yo... yo la respeto.

—¿La respetas?

—Sí.

—¿Como se respeta a una madre?

—Como se respeta a.... a una propiedad.

Celerino negó con la cabeza.

—Ahí está tu problema, hijo. Para ti la tierra es una propiedad. Para mí era una compañera. Para tu hermano Agapito es un reto. Para tu hermana Gloria es un misterio. Pero para ti es nomás algo que tienes.

—¿Y qué tiene de malo eso?

—Que las propiedades no crecen. Las propiedades se explotan. Y cuando se explotan, se cansan. Y cuando se cansan, se vengan.

Cosme miró alrededor. Sus plantas monstruosas, su árbol de zapatos, su tierra que no le obedecía.

—¿Se está vengando?

—Se está defendiendo. Tú llegaste aquí a conquistarla, y ella está resistiendo. Como resistiría cualquier ser vivo al que quisieran cambiar a la fuerza.

—¿Entonces qué hago?

Celerino se acercó a él. Olía a tierra mojada y a tiempo perdido.

—Deja de querer mandar y empieza a querer entender. La tierra no es tu enemiga, Cosme. Es tu maestra. Pero las maestras no les enseñan a los alumnos que no quieren aprender.

—¿Y cómo aprendo?

—Siembra lo que la tierra te pida. No lo que las revistas te digan.

—¿Y cómo sé qué me pide?

—Pregúntale. Habla con ella. Ponle atención a lo que te dice.

Cosme se sintió ridículo.

—La tierra no habla, papá.

—¿No? ¿Y entonces qué son esos elotes con cara? ¿Y ese árbol de zapatos? ¿Y esa hierba que grita? ¿No te está hablando?

Cuando Cosme volvió a levantar la vista, su padre ya no estaba. Pero la sandalia que había estado probando seguía ahí, colgada del árbol, meciéndose suavemente en el viento.

A la mañana siguiente, Cosme despidió a los peones.

—¿Ya no va a sembrar, patrón? —le preguntó Evaristo.

—Sí voy a sembrar. Pero diferente.

—¿Diferente cómo?

—Ya verás.

Los hombres se fueron, llevándose cada uno un par de zapatos del árbol. Cosme se quedó solo en el Lucero, con sus plantas extrañas y su árbol mágico.

Durante tres días no hizo nada. Nomás caminaba por su tierra, despacio, como si fuera un lugar que no conocía. Observaba las plantas que habían crecido sin su permiso. Escuchaba los sonidos que hacían cuando soplaba el viento. Olía la tierra en diferentes horas del día.

El cuarto día, se sentó en el centro del terreno, junto al árbol de zapatos, y habló:

—No sé qué quieres de mí. No sé qué está pasando aquí. Pero ya no quiero pelear contigo. Si me vas a enseñar algo, enséñame. Si me vas a cambiar algo, cámbiame. Pero ya no me hagas sentir como un tonto.

No esperaba respuesta. Pero la tuvo.

Un viento suave empezó a soplar, levantando un poco de tierra. La tierra olía diferente. Olía a lluvia que iba a llegar. Olía a plantas que iban a nacer. Olía a tiempo nuevo.

Y entonces Cosme supo qué tenía que sembrar.

No lo sabía con la cabeza. Lo sabía con las manos. Con el pecho. Con algo que tenía adentro y que nunca había usado.

Fue al jacal, trajo una bolsa que tenía guardada desde hacía meses, y de ella sacó semillas de cempasúchil que había juntado el año anterior, cuando todavía vivía su padre.

Las sembró sin medir distancias, sin hacer surcos perfectos, sin consultar almanaques. Las sembró donde sintió que querían estar.

Y crecieron.

No como las otras plantas. Crecieron rápido, alegres, como si hubieran estado esperando mucho tiempo a que alguien las pusiera ahí. Crecieron amarillas y naranjas, con ese olor fuerte que ahuyenta a los malos espíritus y que llama a los buenos recuerdos.

Desde entonces, Cosme ya no se pelea con su tierra. Ya no siembra lo que dicen las revistas. Siembra lo que le susurra el viento por las mañanas. Siembra lo que le pide la tierra cuando llueve. Siembra lo que sueña por las noches.

Y su tierra le da. No dinero, que era lo que él quería antes. Le da otra cosa: le da paz. Le da orgullo. Le da la sensación de que está haciendo algo bien, aunque no sepa muy bien qué es.

Los del pueblo van a visitarlo de vez en cuando. Van a pedirle zapatos al árbol, que ahora da de todos los números. Van a comprarle flores de cempasúchil para el Día de Muertos. Van a preguntarle cómo hace para que sus plantas crezcan tan contentas.

Y Cosme les dice siempre lo mismo:

—Es que ya no las mando. Las acompaño.

Y el árbol de zapatos sigue ahí, en el centro del Gran Lucero, dando sombra y calzado a quien lo necesite.

Como si fuera lo más natural del mundo.

Porque en la tierra de Celerino Avitia, lo natural y lo imposible han aprendido a vivir juntos.

Y los hijos de Celerino van aprendiendo, poco a poco, que hay cosas que no se pueden conquistar.

Solo se pueden acompañar.

Capítulo 4

Agapito y las vacas que rezaban en La Noria

Agapito había nacido para entender a los animales. No por sabiduría, sino por paciencia. Tenía esa manera quieta de estar en el mundo que hace que las bestias se acerquen sin miedo, como si reconocieran en él a alguien que no va a lastimarlas por gusto.

Desde niño se había hecho cargo del ganado del rancho. Mientras Cosme se perdía entre libros y Gloria ayudaba en la cocina, él se levantaba antes del alba para ordeñar, para revisar que las vacas no tuvieran gusanos, para contar que no faltara ninguna al regreso de los potreros.

Las vacas lo conocían. Sabían el sonido de sus pasos sobre la tierra seca, el ritmo de su respiración cuando se acercaba al corral, el olor de sus manos que siempre traían sal y cariño. Cuando él silbaba, ellas venían. Cuando él las apartaba con un gesto, se apartaban. Cuando él se sentaba a la sombra a mediodía, alguna siempre se acercaba a hacerle compañía.

Por eso, cuando el testamento le dejó La Noria con la condición de mantener el agua clara y las vacas contentas, Agapito no sintió que fuera una prueba. Sintió que era un reconocimiento. Por primera vez en su vida, su padre le había dado algo que él sabía hacer mejor que nadie.

La Noria era el lugar más hermoso del rancho. El agua brotaba de una cueva natural, fría y dulce, corriendo por un canal que Celerino había hecho con sus propias manos treinta años atrás. Alrededor crecía el pasto más verde, el más tierno, el que hacía que las vacas dieran leche espesa como crema. Los

árboles daban sombra generosa. Los pájaros anidaban confiados en las ramas bajas.

Era un lugar de paz. Un lugar donde el tiempo parecía correr más despacio.

Agapito se mudó ahí el mismo día del entierro. Levantó un jacal con adobe y palma, lo más cerca posible del agua, para poder vigilarla día y noche. No porque desconfiara de ella, sino porque quería acompañarla. Como se acompaña a una persona enferma o a un niño que tiene miedo.

Las primeras semanas fueron las mejores de su vida. Se despertaba con el sonido del agua corriendo. Desayunaba viendo cómo las vacas bebían despacio, con esa elegancia que tienen los animales cuando no tienen prisa. Por las tardes se sentaba junto al pozo a fumar y a contar las estrellas que se reflejaban en la superficie.

Sus vacas estaban gordas, contentas, lustrosas. La Pinta, que era la más vieja, había vuelto a dar leche después de dos años de estar seca. La Colorada, que siempre había sido flaca, engordó tanto que parecía otra. La Manchada tuvo dos becerros gemelos, cosa que nunca había pasado en el rancho.

Todo iba bien. Mejor que bien.

Hasta que empezaron a hablar.

La primera vez que Agapito escuchó a una vaca hablar, pensó que se había quedado dormido. Estaba recargado contra un mezquite, viendo cómo pastaban al atardecer, cuando oyó una voz que decía:

—El agua sabe distinta.

Era una voz ronca, como de mujer mayor. Agapito volteó para todos lados, buscando de dónde venía. No había nadie. Solo las vacas, que siguieron pastando como si nada.

—¿Quién dijo eso? —preguntó al aire.

Nadie le contestó. Pero la Pinta levantó la cabeza y lo miró con esos ojos grandes y húmedos que tienen las vacas, como si supiera algo que él no sabía.

Esa noche, Agapito no pudo dormir. Se quedó sentado en la puerta del jacal, escuchando. Solo se oían los grillos, el viento en los mezquites, el agua corriendo. Los sonidos de siempre.

Pero al día siguiente volvió a pasar.

Esta vez fue la Colorada la que habló. Estaba bebiendo agua cuando de repente levantó la cabeza y dijo:

—Huele a muerto.

Agapito la vio mover la boca. Vio cómo las palabras salían de ella igual que si fuera una persona. No podía ser un sueño porque estaba despierto, parado bajo el sol, con los pies bien puestos sobre la tierra.

—¿Qué dijiste? —le preguntó a la vaca.

La Colorada lo miró, masticó un poco de zacate, y se alejó sin contestar.

Desde ese día, todas las vacas empezaron a hablar.

No todo el tiempo. No con él. Hablaban entre ellas, cuando creían que él no las escuchaba. Hablaban por las tardes, cuando el sol ya se había puesto y la sombra las cubría. Hablaban con voces de mujer, pero voces viejas, cansadas, como si vinieran de muy lejos.

Agapito aprendió a esconderse detrás de los árboles para oírlas. Aprendió a caminar sin hacer ruido, a respirar despacio, a quedarse muy quieto para que no se dieran cuenta de que estaba ahí.

Las cosas que decían no le gustaban.

—El agua está enferma —decía la Pinta—. Tiene algo adentro que no debería tener.

—Es por culpa de él —contestaba la Manchada—. No sabe cuidarla como se debe.

—El patrón viejo sí sabía —decía otra—. Él sí entendía lo que pasaba aquí.

—Este no entiende nada —decía la Colorada—. Cree que somos animales nomás.

Agapito se sintió traicionado. Él había cuidado a esas vacas toda su vida. Las había sanado cuando estaban enfermas, las había buscado cuando se perdían, les había dado las mejores pastas, el mejor trato. ¿Y así le pagaban? ¿Hablando mal de él?

Pero lo que más lo lastimó fue lo que dijeron de doña Dolores.

—La señora anda triste —dijo la Pinta una noche—. Se aparece llorando junto al agua.

—¿La has visto? —preguntó la Colorada.

—Todas las noches. Flota sobre el pozo. Llora y llora. Dice que el agua ya no es suya.

—¿Por qué ya no es suya?

—Porque ahora es de él. Y él no sabe hablar con ella.

—El patrón viejo sí sabía. Por eso el agua estaba contenta.

—Ahora está triste. Por eso nos sabe mal.

Agapito sintió un frío en el estómago. Doña Dolores había muerto hacía cinco años. La habían enterrado en el cementerio del pueblo, con misa y todo. ¿Cómo iba a estar apareciendo en La Noria?

Esa noche se quedó despierto, vigilando. Se sentó junto al pozo con una linterna, esperando a ver si era cierto lo que decían las vacas.

A las tres de la madrugada la vio.

Era doña Dolores, pero no como había sido en vida. Era más joven, como si hubiera vuelto a tener la edad que tenía cuando se casó con su padre. Llevaba el mismo vestido blanco con flores azules que usaba los domingos

para ir a misa. Flotaba sobre el agua, tan real como las estrellas, pero transparente como el aire.

Lloraba sin hacer ruido. Lloraba como lloran las mujeres cuando no quieren que nadie las oiga. Con todo el cuerpo, con toda el alma.

Agapito quiso hablarle, pero no se atrevió. Se quedó quieto, mirándola, hasta que ella se desvaneció como humo.

Al día siguiente, el agua amaneció turbia.

No turbia de lodo. Turbia de tristeza. Tenía un color gris, como de lágrimas viejas. Las vacas la olieron pero no la quisieron tomar. Se quedaron paradas alrededor del pozo, mirándola con desconfianza.

—Está enferma —dijo la Pinta—. Está enferma de pena.

Agapito no sabía qué hacer. Nunca le había pasado algo así. El agua siempre había sido cristalina, siempre había sabido dulce, siempre había hecho felices a las vacas. Ahora se veía enferma y las vacas hablaban como si fueran personas.

Fue al pueblo a buscar ayuda. Le contó al padre Tenoch lo que estaba pasando, pero el cura lo miró como si estuviera loco.

—Las vacas no hablan, Agapito —le dijo—. Eso son figuraciones tuyas.

—Padre, yo las he oído. Hablan como usted y yo.

—¿Y qué dicen?

—Que el agua está enferma. Que mi madrastra se aparece llorando. Que yo no sé cuidar lo que me dejó mi papá.

El padre se quedó pensativo. Conocía a Agapito desde niño. Sabía que no era hombre de inventar cosas, ni de beber más de la cuenta.

—A ver —le dijo—. Llévame a La Noria. Quiero ver qué pasa ahí.

Fueron juntos esa misma tarde. El padre bendijo el agua con agua bendita, rezó unas oraciones, echó sal en las cuatro esquinas del pozo. Pero cuando se fueron, el agua siguió turbia.

Esa noche, Agapito volvió a ver a doña Dolores. Esta vez se atrevió a hablarle:

—Doña Dolores, ¿qué anda haciendo aquí?

Ella volteó a verlo. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar.

—Cuidando mi agua —le dijo con una voz que sonaba como viento entre las hojas—. Es lo único que me quedó de mi vida.

—Pero usted ya se murió, doña Dolores. Ya no puede cuidar nada.

—Los muertos también tenemos derecho a nuestras cosas. Esta agua era mía. Yo la cuidé treinta años. Yo hablaba con ella todas las tardes. Yo sabía lo que necesitaba.

—¿Y qué necesita ahora?

—Necesita que la entiendan. Que le hablen bonito. Que la traten como lo que es: un ser vivo.

—Yo la cuido bien, doña Dolores. No la ensucio, no dejo que nadie la maltrate.

—La cuidas como cuidas a las vacas. Pero el agua no es un animal. El agua es una mujer. Una mujer vieja, sabia, que ha visto pasar muchas generaciones. Que ha calmado la sed de miles de bocas. Que ha dado vida a todo lo que crece aquí.

Agapito no entendía bien lo que le decía doña Dolores. Para él, el agua era agua. Fría, limpia, útil. No sabía que pudiera ser otra cosa.

—¿Cómo le hablo, doña Dolores? ¿Qué le digo?

—Háblale como le hablarías a tu madre. Con respeto. Con cariño. Cuéntale tus problemas. Pídele consejo. Agradécele lo que te da.

—¿Y si hago eso, usted va a dejar de aparecerse?

Doña Dolores sonrió por primera vez. Una sonrisa triste, pero sonrisa al fin.

—No me voy a ir, Agapito. Este es mi lugar. Aquí voy a estar siempre. Pero si tú aprendes a hablar con el agua, ya no voy a llorar. Y el agua va a estar contenta otra vez.

Al día siguiente, Agapito empezó a hablar con el agua.

Al principio se sintió tonto. Parado junto al pozo, contándole a un charco sus preocupaciones como si fuera una comadre. Pero poco a poco se fue acostumbrando.

Le contaba cómo habían pasado las vacas ese día. Le platicaba del clima, de las nubes, de los planes que tenía para mejorar los corrales. Le pedía que siguiera corriendo limpia y dulce. Le agradecía por toda la vida que daba.

Y el agua le contestaba.

No con palabras, como las vacas. Le contestaba con sonidos. A veces corría más fuerte, como si estuviera contenta. A veces se quedaba muy quieta, como si estuviera escuchando con atención. A veces hacía burbujas, como si se estuviera riendo.

Poco a poco, el agua volvió a aclararse. Las vacas volvieron a beber con confianza. Y aunque siguieron hablando entre ellas por las tardes, ya no hablaban mal de Agapito.

Ahora decían cosas como:

—El patrón ya aprendió —decía la Pinta—. Ya sabe cómo tratar al agua.

—Sí —contestaba la Colorada—. Ahora habla bonito con ella. Como hablaba el patrón viejo.

—Y la señora ya no llora tanto —decía la Manchada—. Se ve más tranquila.

Porque doña Dolores siguió apareciendo, pero ya no lloraba. Se sentaba junto al pozo, transparente y serena, como una guardiana invisible. A veces

Agapito la veía y le hacía una seña con la mano. Ella le sonreía y asentía con la cabeza, como diciéndole que lo estaba haciendo bien.

Las vacas de Agapito se volvieron famosas en toda la región. Daban más leche que ninguna otra. Una leche cremosa, dulce, que sabía a felicidad. Los compradores venían desde Pachuca para llevarse los becerros, porque crecían más fuertes y sanos que los de otros ranchos.

Pero lo más extraño era que las vacas habían empezado a hacer cosas que las vacas no hacen.

Se formaban en fila para tomar agua, como si fueran niños en la escuela. Se apartaban solas cuando alguna estaba enferma, para que Agapito la pudiera atender mejor. Los domingos se reunían en círculo alrededor del pozo y parecía que estaban rezando.

La gente del pueblo empezó a venir a ver el espectáculo. Venían familias enteras los fines de semana, trayendo comida y refrescos, para sentarse bajo los árboles y mirar a las vacas de Agapito hacer sus cosas raras.

—Son vacas benditas —decía la gente—. Tienen ángel.

Agapito se sentía orgulloso, pero también un poco incómodo. No le gustaba que vinieran tantos curiosos a molestar a sus animales. Las vacas se ponían nerviosas con tanta gente extraña. Dejaban de hablar cuando había visitas.

Un día le preguntó a doña Dolores qué debía hacer.

—Déjalos que vengan —le dijo—. La gente necesita ver que todavía pasan milagros. Necesita creer en algo hermoso.

—¿Pero no van a asustar a las vacas?

—Las vacas saben cuidarse solas. Y además, ahora tienen quien las proteja.

Tenía razón. Las vacas se habían vuelto más listas. Cuando venían visitantes que se portaban mal —que gritaban, que tiraban basura, que querían tocarlas a la fuerza—, ellas se organizaban para echarlos. Se les acercaban en grupo, mugiendo fuerte, hasta que los intrusos se iban corriendo.

Pero con la gente respetuosa eran amables. Dejaban que los niños las acariciaran. Posaban para las fotografías. Una vez, cuando vino una familia con un niño enfermo, la Pinta se acercó y le lamió la mano. Al día siguiente, el niño amaneció sin fiebre.

Agapito había cumplido con lo que le pedía el testamento. El agua corría clara como cristal. Las vacas estaban más que contentas: estaban benditas. Pero sobre todo, él había aprendido algo que no sabía que necesitaba aprender.

Que cuidar no es solo dar comida y medicina. Cuidar es entender. Es escuchar. Es tratar a cada ser vivo como lo que es: un misterio que merece respeto.

Por las noches, cuando se sienta junto al pozo a fumar su cigarro, Agapito a veces se pregunta si de verdad las vacas hablan o si todo ha sido cosa de su imaginación. Pero después mira a doña Dolores flotando sobre el agua,

escucha el sonido del pozo que le cuenta cómo pasó el día, ve a sus vacas formadas en círculo como si estuvieran en misa, y ya no le importa saber qué es real y qué no.

Lo que importa es que en La Noria hay paz. Hay agua clara. Hay vacas contentas. Y hay un hombre que por fin entendió que en este mundo hay cosas que no se pueden explicar, pero sí se pueden amar.

Y eso, para Agapito, es más que suficiente.

Porque los milagros no necesitan explicación.

Solo necesitan que alguien los cuide.

Capítulo 5

Gloria y el agua que nace donde debe

Gloria había nacido con sed. No sed de agua, que esa se quita bebiendo, sino sed de algo que no tiene nombre y que duele en el pecho como si fuera una astilla clavada muy adentro. Desde niña andaba buscando eso que le faltaba, mirando las nubes, tocando las piedras, esperando que alguien le dijera qué era lo que tanto necesitaba.

Era la más joven de los tres hermanos, pero también la más vieja por dentro. Tenía una manera de estar en el mundo que hacía que la gente la mirara de reojo, como se mira a quien sabe algo que no debería saber. No era bonita en el sentido que esperan los hombres. Era bonita como son bonitas las tormentas: hermosa y peligrosa al mismo tiempo.

Celerino la llamaba "la rara" cuando creía que ella no lo oía. Pero Gloria sí lo oía. Lo oía todo. Oía cuando las vacas iban a parir. Oía cuando iba a llover. Oía cuando alguien se iba a morir. Por eso se había acostumbrado al silencio. Porque cuando se oye tanto, es mejor callarse.

Su madre había muerto cuando ella tenía siete años. Se murió de tristeza, decía la gente. De no saber vivir sin el hombre que la había dejado por la Dolores. Pero Gloria sabía que no era cierto. Su madre se había muerto de sed. De la misma sed que ahora ella tenía clavada en el pecho.

Después de la muerte, Gloria empezó a caminar al cerro. Al principio iba con su padre, que la llevaba para que no se sintiera sola. Pero después empezó a ir sola, sin decir a dónde ni para qué. Se iba al amanecer y regresaba al atardecer, con la ropa limpia pero los ojos cansados, como si hubiera estado trabajando todo el día.

—¿Qué haces allá arriba? —le preguntaba Celerino.

—Nada —contestaba ella—. Nomás estar.

Pero no era cierto. Allá arriba hacía cosas que no sabía explicar. Hablaba con las piedras. Les contaba cosas que no le podía contar a nadie más. Les preguntaba por qué dolía tanto estar viva. Por qué su madre se había tenido que ir. Por qué el agua se escondía cuando más se necesitaba.

Y las piedras le contestaban. No con palabras, sino con algo que ella sentía en los huesos. Como si le dijeran que tuviera paciencia. Que ya iba a llegar el tiempo de entender.

Cuando creció, algunos hombres del pueblo trataron de casarse con ella. Venían a hablar con Celerino, le ofrecían ganado, dinero, promesas de buen trato. Pero Gloria los rechazaba a todos sin ni siquiera mirarlos.

—No es que no me gusten —le decía a su padre—. Es que tengo cosas que hacer.

—¿Qué cosas?

—No sé todavía. Pero cuando llegue el tiempo, voy a saber.

Y llegó el tiempo cuando Celerino se murió y se leyó el testamento.

Gloria escuchó su parte sin sorpresa. Como si ya hubiera sabido lo que iba a decir. "A Gloria, por ser mujer y por entender que algunas cosas no se pueden explicar, le dejo el Cerro Grande, si logra que el río nazca donde debe, y no donde quiso la Dolores."

Esa noche no durmió. Se quedó sentada en el patio, mirando el cerro a la luz de la luna, sabiendo que por fin había llegado el momento que había estado esperando toda su vida.

Al tercer día después del entierro, se fue. No dijo adiós. No llevó más que una mochila con tres mudas de ropa, una libreta que había sido de su madre, una vela blanca, y un puñado de tierra envuelta en un pañuelo que olía a yerbabuena y a tiempo perdido.

Subió al cerro caminando despacio, como quien va a una cita que no puede fallar. Llevaba una falda larga de manta, botas de hule que habían sido de su padre, y una blusa bordada con flores que nadie le había visto antes. El pelo lo llevaba suelto, cosa que nunca hacía, y en la cara tenía una expresión que no era de tristeza ni de alegría, sino de quien por fin está donde debe estar.

En la cima del cerro había un lugar que la gente llamaba "el ojo de agua". Era un hoyo en la piedra, no muy grande, donde el agua brotaba cuando quería. A veces manaba tanto que formaba un arroyo que bajaba hasta el valle. Otras veces se secaba por meses, dejando sólo piedras agrietadas y tierra seca.

La Dolores había tratado de cambiar el curso del agua. Había mandado hacer una zanja para que el río naciera más cerca de la casa, donde le convenia para regar su huerto. Pero el agua se había resistido. Corría unos días por el cauce nuevo, después se secaba, después volvía, después se iba. Como si estuviera peleando con algo que no se podía ver.

Gloria se sentó junto al ojo de agua y esperó.

No esperó a que pasara algo. Esperó a entender qué era lo que tenía que hacer.

El primer día no pasó nada. Sólo el silencio del cerro, el viento entre las piedras, el sol que subía y bajaba como había subido y bajado siempre.

Gloria se quedó quieta, con los ojos cerrados, escuchando algo que todavía no podía oír.

El segundo día tampoco pasó nada. Pero Gloria siguió ahí, como si fuera una piedra más del cerro.

El tercer día empezó a llover. Una lluvia suave, que no mojaba pero que sí refrescaba. Gloria abrió la libreta de su madre y empezó a leer. No leyó en voz alta. Leyó para adentro, como se reza. Y mientras leía, empezó a entender.

Su madre había escrito en esa libreta todo lo que no había podido decir. Todo lo que había sentido y no había tenido con quién compartir. Estaba escrito con letra temblorosa, como de quien escribe llorando:

"El agua se esconde cuando no la entienden. Se esconde cuando la quieren forzar. El agua tiene su propio tiempo, su propia voluntad. Para que nazca donde debe, hay que preguntarle dónde quiere nacer."

Gloria cerró la libreta y por primera vez en años se echó a llorar. Lloró por su madre, que se había muerto sin poder decir lo que sabía. Lloró por su padre, que nunca había entendido que el agua era más sabía que él. Lloró por ella misma, que había pasado tantos años sintiendo sed sin saber de qué.

Y mientras lloraba, el agua empezó a brotar.

No del ojo de agua que había sido de la Dolores. Brotó de otra parte, más hacia el sur, donde las piedras formaban una cueva natural. Brotó limpia, fría, cantando como cantan los arroyos cuando están contentos.

Gloria se acercó al agua nueva y le habló:

—¿Es aquí donde querías nacer?

El agua corrió más fuerte, como si le estuviera contestando que sí.

—¿Por qué aquí y no allá?

El agua siguió corriendo, y Gloria entendió que no era una respuesta que se pudiera dar con palabras. Era una respuesta que se daba con el cuerpo, con el corazón, con esa parte de uno que sabe cosas sin haberlas aprendido.

Desde ese día, Gloria se quedó a vivir en el cerro.

No construyó una casa. Hizo un refugio con ramas y piedras, algo que fuera parte del lugar y no algo impuesto sobre el lugar. Dormía sobre un petate, comía lo que encontraba, bebía del agua nueva que nunca se secaba.

Los primeros días, nadie fue a molestarla. Pero después empezó a llegar gente.

Primero llegó Remedios, la viuda de Lorenzo. Subió una tarde, sin avisar, con los ojos hinchados de tanto llorar.

—Me dijeron que aquí arriba hay alguien que entiende de penas —le dijo a Gloria.

—No entiendo de penas —contestó Gloria—. Entiendo de agua.

—¿Y qué tiene que ver el agua con las penas?

Gloria la llevó hasta donde brotaba el manantial.

—Mira —le dijo—. El agua no se apura. No se preocupa por llegar rápido. Sabe que va a llegar donde tiene que llegar. Y mientras tanto, canta.

Remedios se quedó ahí toda la tarde, mirando el agua correr. Cuando se fue, ya no lloraba. No porque hubiera dejado de estar triste, sino porque había entendido que la tristeza también tiene su tiempo y su lugar.

Después llegó Esperanza, la hija del panadero. Llegó de noche, sin zapatos, hablando sola.

—Sueño con agua —le dijo a Gloria—. Sueño que me ahogo en agua limpia.

Gloria la hizo sentarse junto al manantial.

—El agua de los sueños no es para ahogarse —le dijo—. Es para limpiarse. ¿De qué te quieres limpiar?

Esperanza se echó a llorar. Lloró toda la noche, hasta que no le quedaron lágrimas. Y cuando se le acabaron las lágrimas, empezó a hablar. Contó cosas que nunca había contado. Cosas que la tenían enferma de secretos.

A la mañana siguiente, se metió al agua. Se metió vestida, con todo y ropa, y se quedó ahí hasta que el sol se puso. Cuando salió, era otra persona. No era que hubiera cambiado. Era que por fin era quien siempre había sido por dentro.

Así fueron llegando más mujeres. La comadre Bertila, que ya no sabía reírse. La señora Eufrasia, que hablaba con los muertos. La maestra Rosa, que había perdido la voz de tanto gritar en la escuela. Todas llegaban con algo roto por dentro. Y todas se iban más enteras.

Gloria no les daba consejos. No les recetaba remedios. Solo las ponía junto al agua y las dejaba estar. El agua hacía el resto.

Se formó lo que la gente del pueblo empezó a llamar "la comunidad del agua". No era una secta, como decían los chismosos. No era una iglesia, como creían los religiosos. Era nomás un lugar donde las mujeres podían ser lo que eran sin que nadie las juzgara.

Hacían cosas sencillas. Sembraban flores en círculos. Recogían hierbas para hacer tés. Cantaban canciones que se inventaban mientras las cantaban. Tejían mantas con lana de borrego que teñían con flores. Cocinaban en un fogón que habían hecho con piedras del cerro.

Pero lo que más hacían era escuchar. Escuchaban el agua correr. Escuchaban el viento en los árboles. Escuchaban el silencio que hay entre las palabras. Y se escuchaban entre ellas, que era lo que más necesitaban.

Por las noches se sentaban en círculo alrededor del fuego y se contaban cosas. No chismes. Cosas verdaderas. Cosas que dolían y cosas que sanaban. Y mientras hablaban, el agua seguía corriendo, como si fuera la música de fondo de sus palabras.

El alcalde del pueblo empezó a preocuparse. Decía que las mujeres se estaban volviendo locas. Que abandonaban a sus familias para irse a vivir como salvajes. Mandó una patrulla para que fuera a investigar.

Subieron dos policías con la intención de interrogar a Gloria. Querían saber qué hacía con las mujeres. Si les daba drogas. Si les lavaba el cerebro. Si fundaba una religión nueva.

Pero cuando llegaron al cerro, se encontraron con algo que no esperaban. Se encontraron con paz. Con un silencio que no daba miedo, sino que tranquilizaba. Con mujeres que trabajaban contentas, que se veían sanas, que no tenían nada de locas.

Uno de los policías, el más joven, se acercó al manantial para tomar agua. Cuando la probó, se echó a llorar. Lloró como no había llorado desde que era niño. Lloró porque el agua le supo a la leche de su madre, que había muerto cuando él tenía cinco años.

El otro policía también probó el agua. No lloró. Pero se quedó muy callado, con los ojos perdidos en el horizonte, como si estuviera viendo algo que lo había estado esperando toda su vida.

Bajaron del cerro sin hacer preguntas. Dijeron que todo estaba en orden. Que las mujeres estaban bien. Que no había nada de qué preocuparse.

El más joven renunció a la policía al día siguiente. Se fue a vivir a la capital. El otro siguió en su trabajo, pero cambió. Ya no gritaba. Ya no pegaba. Se volvió amable con la gente, paciente con los borrachos, comprensivo con los que robaban por hambre.

Cosme y Agapito fueron a ver a Gloria un mes después de que se hubiera ido al cerro. Subieron juntos, los dos hermanos, preocupados por su hermana y por lo que la gente pudiera pensar de la familia.

La encontraron sentada junto al manantial, leyendo la libreta de su madre. Alrededor de ella, cuatro mujeres tejían una manta grande, de colores que no se habían visto antes en el pueblo. Una niña pequeña jugaba con piedras de colores, cantando una canción sin palabras.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Cosme, con esa voz de hermano mayor que cree que todavía puede mandar.

—Lo que tengo que hacer —contestó Gloria sin levantar la vista del libro.

—¿Y qué es lo que tienes que hacer?

—Escuchar.

—¿Escuchar qué?

—Lo que el agua quiere decir.

Agapito se acercó al manantial. Había oído hablar del agua nueva, pero no la había visto. Cuando la probó, supo inmediatamente que era diferente del agua de su pozo. No era solo más fría o dulce. Era agua que tenía algo adentro. Algo que no se podía tocar, pero que sí se podía sentir.

—¿Y qué dice el agua? —preguntó Agapito.

Gloria cerró la libreta y miró a sus hermanos. Los miró con cariño, pero también con la paciencia de quien tiene que explicar algo muy simple a alguien muy complicado.

—Dice que cada cosa tiene su lugar —dijo—. Dice que no se puede forzar a nadie a ser lo que no es. Dice que cuando uno se pone en el lugar que le toca, todo lo demás encuentra su lugar también.

—¿Y este es tu lugar? —preguntó Cosme.

—Este es mi lugar.

—¿Y nosotros? ¿También tenemos nuestro lugar?

—Ustedes ya lo encontraron. Tú con tu tierra que te enseña a escuchar. Agapito con sus vacas que le hablan. Yo con mi agua que me dice lo que necesito saber.

Los hermanos se quedaron un rato más, viendo cómo las mujeres trabajaban en sus cosas, cómo la niña jugaba con las piedras, cómo el agua corría limpia y constante desde el lugar donde había decidido nacer.

Cuando se fueron, se fueron tranquilos. Habían entendido que Gloria no estaba loca. Estaba donde tenía que estar, haciendo lo que tenía que hacer.

Y el agua siguió corriendo.

Corrió durante las secas, cuando todos los otros pozos se secaron. Corrió durante las lluvias, sin enturbiarse ni desbordarse. Corrió limpia y fría, cantando su canción de agua contenta.

La gente del pueblo empezó a subir al cerro para llevar agua. Al principio iban con desconfianza, esperando que las mujeres de la comunidad les cobraran o les pusieran condiciones. Pero Gloria nomás les decía:

—El agua es de quien la necesita. Tomen la que necesiten.

Y se la llevaban. En cántaros, en garrafones, en cualquier cosa que tuvieran. Y siempre había suficiente para todos.

Algunos decían que era un milagro. Otros decían que era cosa del diablo. Los más sensatos decían que era nomás agua, pero agua que había encontrado por fin el lugar donde quería estar.

Gloria no se preocupaba por lo que dijera la gente. Tenía cosas más importantes que hacer. Tenía que cuidar el agua. Tenía que escuchar a las mujeres que llegaban con el corazón roto. Tenía que leer la libreta de su madre, que cada día le revelaba cosas nuevas.

Y tenía que esperar.

No sabía qué estaba esperando. Pero sabía que algo iba a llegar. Algo que completaría el trabajo que había empezado. Algo que le quitaría por fin esa sed que había tenido clavada en el pecho desde que nació.

Una noche, mientras leía junto al fuego, apareció su madre.

No era un sueño. No era una visión. Era su madre, tan real como el agua que corría a sus pies. Vestía el mismo vestido blanco que había usado el día de su boda. Tenía el pelo suelto, como lo llevaba Gloria ahora. Y en los ojos tenía una paz que no había tenido cuando estaba viva.

—Hija —le dijo con una voz que sonaba como agua corriendo sobre piedras —. Ya encontraste el lugar.

—Sí, mamá. Ya lo encontré.

—¿Y ya no tienes sed?

Gloria se puso la mano en el pecho, donde siempre había sentido esa astilla clavada. Ya no estaba. En su lugar había algo tibio, algo que se movía como agua quieta.

—Ya no tengo sed —dijo—. Ahora tengo fuente.

Su madre sonrió. Era la primera vez que Gloria la veía sonreír así, con toda la cara, con todo el cuerpo.

—Entonces mi trabajo ya está hecho —dijo—. Y el tuyo apenas empieza.

—¿Cuál es mi trabajo?

—Cuidar que el agua siga corriendo donde debe. Cuidar que las mujeres sigan teniendo un lugar donde ser ellas mismas. Cuidar que nadie olvide que hay cosas que no se pueden forzar, solo se pueden acompañar.

—¿Y si me canso? ¿Y si ya no puedo?

—El agua nunca se cansa, hija. Y tú ya eres agua.

Cuando Gloria volvió a mirar, su madre ya no estaba. Pero en el lugar donde había estado parada, brotaba un manantial nuevo. Pequeño, no más grande que una mano, pero con agua tan clara que se podía ver hasta el fondo, hasta las piedras que brillaban como estrellas.

Desde esa noche, Gloria supo que su lugar no era solo el cerro. Su lugar era donde el agua la necesitara. Era donde las mujeres tuvieran sed de algo que no se compraba en las tiendas. Era donde alguien necesitara escuchar que está bien ser diferente, que está bien no entender todo, que está bien tener sed mientras se busca la fuente.

Y el agua siguió corriendo.

Corrió por el cerro, bajó al valle, se unió con otros arroyos, formó el río que llevaba vida a todo el rancho. Pero siempre volvía a su fuente. Siempre volvía al lugar donde Gloria la esperaba, donde las mujeres tejían sus mantas de colores imposibles, donde se podía ser quien se era sin explicaciones.

Porque el agua, como Gloria había aprendido, no nace donde la quieren.

Nace donde debe nacer.

Y cuando nace donde debe, nunca se seca.

Capítulo 6

El velorio eterno

La muerte llegó a don Celerino Avitia como llega el sueño a los borrachos: despacio, sin avisar, y cuando ya no se puede hacer nada por evitarla. Fue un martes de abril, de esos en que el aire está quieto y las moscas vuelan en círculos, como si buscaran algo que nunca van a encontrar. Lo encontraron sentado en su mecedora, con los ojos abiertos mirando hacia el cerro, y una sonrisa que nadie le había visto en vida.

—Se murió riéndose —dijo Remedios, la que lavaba la ropa de la casa—. Como si hubiera visto algo chistoso allá arriba.

Pero a nadie le pareció chistoso que don Celerino se hubiera muerto justo cuando estaba por llover. Las nubes se habían juntado desde la madrugada, gordas y negras, cargadas de agua que la tierra necesitaba. Y ahora el patrón se moría antes de ver caer la primera gota.

—Siempre fue terco —murmuró doña Asunción mientras le cerraba los ojos —. Hasta para morirse escogió el peor momento.

La noticia corrió por el pueblo como reguero de pólvora mojada. Primero llegó Maclovio, el peón que cuidaba los gallos, montado en su burra tuerta y gritando: "¡Se murió don Celerino! ¡Se murió el patrón!" Después llegaron los demás, uno por uno, como si los hubieran estado esperando escondidos detrás de las piedras.

El padre Tenoch fue el primero en llegar. Venía sudando, con la sotana levantada hasta las rodillas, cargando el santo óleo en una canasta de mimbre. Cuando vio el cuerpo, se persignó tres veces y murmuró una oración que nadie entendió, porque la dijo en latín o en algún idioma que se había inventado para la ocasión.

—¿Ya confesó? —preguntó, aunque sabía que era tarde para confesiones.

—No tuvo tiempo, padre —contestó Remedios—. Se fue como se vino: sin decir agua va.

El cura lo ungió de todas maneras. Le puso el aceite en la frente, en las manos, en los pies. Le murmuró palabras santas al oído, por si el alma todavía andaba por ahí, escuchando. Después se quedó mirando el cadáver con esa expresión que ponen los curas cuando no saben si el muerto se fue al cielo o se fue al otro lado.

Cosme llegó del campo una hora después, cuando ya el sol empezaba a calentar y las moscas comenzaban a interesarse por el cuerpo. Lo acompañaba Agapito, que venía de La Noria con las botas llenas de lodo y cara de no haber dormido. Los dos hermanos se quedaron parados en la puerta, mirando a su padre como si no acabaran de creer que de verdad estuviera muerto.

—¿Y ahora qué? —preguntó Agapito.

—Ahora hay que velarlo —contestó Cosme, aunque su voz sonaba como si no estuviera muy convencido.

Gloria no bajó del cerro. Mandó decir con una niña que andaba jugando cerca del manantial que ella ya había dicho adiós a su padre cuando todavía podía oírla. Que los muertos eran cosa de los vivos, y que ella tenía otras cosas que hacer.

La gente empezó a llegar desde el mediodía. Primero vinieron los peones del rancho, con sus sombreros en la mano y esa manera de caminar que tienen los que no saben si llorar o sonreír. Después llegaron los compadres, los ahijados, los que le debían dinero y los que se lo habían prestado. También vinieron algunos que nadie conocía, pero que juraban haber sido amigos del difunto desde la infancia.

Remedios y las otras mujeres prepararon el cuerpo. Lo lavaron con agua tibia y jabón de castilla, le cortaron las uñas, le peinaron el pelo hacia atrás con pomada de olor. Le pusieron su mejor traje, el azul marino que había usado para casarse con doña Dolores, y que desde entonces había guardado en un baúl envuelto en papel de china y bolitas de naftalina.

El problema fue con la cara. Don Celerino había muerto con una expresión que no era ni de dolor ni de paz, sino de alguien que acababa de entender un chiste muy complicado. Remedios trató de cerrarle la boca, pero se le volvía a abrir. Le puso una venda amarrada por debajo de la barbilla, pero el muerto se veía como si tuviera dolor de muelas. Al final decidieron dejarlo como estaba, con esa sonrisa que hacía que la gente se sintiera incómoda.

—Parece que se está burlando de nosotros —murmuró la comadre Bertila.

—Siempre se burló —contestó su marido—. ¿Por qué iba a cambiar ahora?

Pusieron el cuerpo en la sala, sobre una mesa que tuvieron que reforzar con tablas porque don Celerino había sido hombre gordo. Lo rodearon de velas, de flores que las mujeres habían cortado de sus jardines, y de santos de yeso que alguien había traído de su casa. San Judas Tadeo, la Virgen de Guadalupe, un Cristo crucificado que le faltaba un brazo, y una estampita de la Virgen de los Remedios que estaba tan borrosa que parecía un borrón de tinta.

El mariachi llegó al atardecer. No era mariachi completo, nomás tres hombres con instrumentos que habían visto mejores tiempos: un violín con dos cuerdas, una guitarra que sonaba como lata vieja, y un guitarrón que habían hecho con una tina y alambre de púas. Pero tocaban con ganas, como si la música pudiera despertar al muerto o mandarlo más rápido al otro mundo.

Tocaron "La Llorona", "Las Mañanitas de los Muertos", "El Abandonado", y una canción que se habían inventado ahí mismo y que hablaba de un ranchero que se había ido al cielo montado en su caballo favorito. La gente lloraba o reía, según le pegara la música, y algunos hasta se pusieron a bailar en el patio, porque el mezcal ya había empezado a hacer efecto.

La primera noche fue la más triste. Vinieron los dolientes de verdad: los que habían querido a don Celerino pese a su mal genio, los que le debían favores que no habían pagado, los que recordaban cuando había sido joven y todavía tenía esperanzas. Se quedaron rezando hasta que salió el sol, y cuando amaneció, el cuerpo se veía igual que la noche anterior.

La segunda noche vinieron más. No solo del pueblo, sino de otros lugares. Llegaron en camiones, en burros, a pie, atraídos por la fama de que en el rancho San Hilario se estaba velando a un hombre que había sido rico y poderoso. Trajeron comida, bebida, música, y ganas de quedarse hasta ver qué pasaba.

Para la tercera noche, el velorio ya no cabía en la casa. Cosme mandó poner carpas en el patio, bancas prestadas de la iglesia, y toldos para proteger a la gente del sereno. Instalaron una cocina al aire libre donde las mujeres preparaban frijoles, arroz, carne guisada, y todo lo que se necesita para alimentar a una muchedumbre.

Y el cuerpo siguió igual. Sin hincharse, sin oler mal, sin dar señas de que se fuera a echar a perder pronto. Don Celerino seguía ahí, con su sonrisa burlona, como si estuviera esperando a que pasara algo interesante.

—Ese hombre no se quiere ir —dijo la comadre Asunción, que ya había tomado bastante mezcal y hablaba con la confianza de los borrachos—. Está esperando algo.

—¿Qué va a estar esperando? —preguntó alguien.

—A lo mejor está esperando a que sus hijos hagan las paces.

Todos voltearon a ver a Cosme y Agapito, que estaban sentados en extremos opuestos del patio, cada uno rodeado de sus propios partidarios. No se habían dirigido la palabra desde el entierro, y cuando se cruzaban, se miraban como si el otro fuera un extraño.

—O a lo mejor está esperando a que baje Gloria del cerro —sugirió otro.

Pero Gloria no bajaba. Mandaba recados con la gente que subía a buscar agua, pero ella se quedaba arriba, cuidando su manantial y sus mujeres, como si el velorio no tuviera nada que ver con ella.

La cuarta noche llegó un reportero de Pachuca que había oído hablar del muerto que no se descomponía. Venía con una cámara y un cuaderno, haciendo preguntas y tomando fotos. Quería escribir un artículo para el periódico sobre "el milagro de Huehuetzia".

—¿Es cierto que el cadáver habla? —preguntó.

—No habla —contestó Remedios—. Pero tampoco se calla.

El reportero no entendió, pero escribió la frase en su cuaderno como si fuera muy profunda.

La quinta noche vino una comisión de la capital. Tres hombres con trajes grises y maletines negros, que se presentaron como "investigadores de fenómenos inexplicables". Examinaron el cuerpo con lupas, le tomaron la

temperatura, le hicieron pruebas con unos aparatos que nadie había visto antes.

—Es un caso extraordinario —dijo el jefe de la comisión—. El cuerpo debería estar en estado de descomposición avanzada, pero se mantiene en perfecto estado de conservación.

—¿Eso qué significa? —preguntó Cosme.

—Significa que su padre no está muerto del todo.

Hubo un silencio. Alguien se persignó. Otro se echó un trago de mezcal de un golpe.

—¿Cómo que no está muerto del todo?

—El alma no se ha desprendido completamente del cuerpo. Está esperando algo. Hasta que no suceda eso que está esperando, el cuerpo no va a empezar a descomponerse.

Los investigadores se fueron al día siguiente, después de tomar más muestras y de prometer que volverían con más equipos. Dejaron un documento que nadie supo leer, pero que Cosme guardó en la caja fuerte junto con los papeles importantes.

Para la sexta noche, el velorio se había convertido en una feria. Había puestos de comida, juegos de azar, rifas, vendedores ambulantes que ofrecían desde estampitas del difunto hasta pomadas milagrosas. Un cirquero puso una carpa donde exhibía a una mujer barbuda y a un niño que se tragaba espadas de juguete.

La gente ya no venía solo a acompañar al muerto. Venía a divertirse, a hacer negocios, a ver el espectáculo. Algunos hasta traían tiendas de campaña para quedarse varios días.

El padre Tenoch estaba desesperado. Había tratado de oficiar misas de cuerpo presente, pero la música de los mariachis y el ruido de la multitud no lo dejaban concentrarse. Los santos de la iglesia los había prestado para el velorio, y ahora no tenía con qué dar las misas normales.

—Esto ya no es un velorio —le dijo a Cosme—. Esto es un carnaval.

—Pero la gente está contenta, padre. Mi papá siempre quiso que hubiera alegría en su casa.

—Su papá está muerto, Cosme. Los muertos necesitan paz, no jarana.

Pero el cuerpo seguía ahí, imperturbable, con su sonrisa que cada día parecía más burlona. Como si don Celerino estuviera disfrutando del espectáculo desde donde quiera que estuviera su alma.

La séptima noche llegó doña Remedios, la bruja de Tlahuelilpan. Venía montada en un caballo blanco, vestida de negro, cargando un bastón que hacía ruido contra las piedras del camino. La gente se apartó para dejarla pasar, porque todos sabían que doña Remedios podía hablar con los muertos y hacer que obedecieran.

Se acercó al cuerpo sin saludar a nadie. Se quedó mirándolo por un largo rato, moviendo los labios como si estuviera rezando o maldiciendo. Después puso la mano sobre la frente del muerto y cerró los ojos.

Todos se quedaron callados, esperando a ver qué pasaba. Hasta los mariachis dejaron de tocar.

Doña Remedios abrió los ojos después de varios minutos. Se veía cansada, como si hubiera estado cargando algo muy pesado.

—Este hombre no se puede ir —dijo con una voz que parecía venir de muy lejos—. Tiene una deuda pendiente.

—¿Qué clase de deuda? —preguntó Cosme.

—Una deuda con sus hijos. Les debe una explicación que no les dio en vida.

—¿Qué explicación?

—Eso tienen que averiguarlo ustedes. Mientras no la encuentren, el alma va a seguir amarrada al cuerpo, y el cuerpo no se va a descomponer.

Doña Remedios se fue como había llegado, sin despedirse, dejando atrás el olor a hierbas quemadas y el eco de sus palabras.

La octava noche, Cosme y Agapito trataron de hablar con el muerto. Se sentaron junto al féretro, cada uno de un lado, y empezaron a hacerle preguntas.

—Papá, ¿qué es lo que quiere decirnos? —preguntó Cosme.

—¿Por qué no se va de una vez? —preguntó Agapito.

—¿Qué es lo que estamos haciendo mal?

Pero el muerto no contestó. Siguió con su sonrisa, con los ojos cerrados, como si estuviera oyendo una conversación muy interesante en otro lado.

La novena noche, alguien tuvo la idea de mandar llamar a Gloria. Si el padre no se iba hasta que sus tres hijos estuvieran juntos, entonces había que traer a la hija del cerro.

Subieron una comisión de mujeres, encabezada por la comadre Asunción. Encontraron a Gloria sentada junto al manantial, tejiendo una manta con hilos de colores que nadie había visto antes.

—Tu papá no se quiere ir —le dijeron—. Está esperando a que bajes.

Gloria siguió tejiendo sin levantar la vista.

—Mi papá ya se fue —dijo—. Lo que está allá abajo es nomás su cuerpo. Y los cuerpos no esperan nada.

—Pero la gente dice que está esperando a sus hijos.

—La gente dice muchas cosas. Eso no las hace ciertas.

—¿No vas a venir?

Gloria levantó la vista por primera vez. Sus ojos tenían el color del agua profunda, y cuando miraba, parecía que veía cosas que otros no podían ver.

—Voy a venir —dijo—. Pero no por mi papá. Voy a venir por mis hermanos, que necesitan entender algo.

La décima noche, Gloria bajó del cerro.

Llegó cuando ya todo el mundo estaba dormido o borracho. Caminó entre las carpas, entre la gente tirada en el suelo, entre los restos de la fiesta que duraba ya diez días. Se acercó al féretro sin hacer ruido, como si fuera un fantasma.

Sus hermanos estaban ahí, cada uno dormido en su silla, agotados de tanto velar a un muerto que no se quería ir. Gloria los despertó con un toque suave en el hombro.

—Ya vine —les dijo—. ¿Ahora qué?

Cosme y Agapito se despertaron sobresaltados. Hacía años que no veían a su hermana de cerca, y se sorprendieron de lo cambiada que estaba. Ya no era la niña rara que se iba al cerro a hablar sola. Era una mujer, pero una mujer que parecía hecha de agua y de viento, de esas cosas que se pueden tocar pero no agarrar.

—Gloria —dijo Cosme—. Qué bueno que viniste.

—¿Para qué me necesitaban?

—Para despedir a papá. Dicen que no se va hasta que estemos los tres juntos.

Gloria se acercó al cuerpo. Lo miró por un largo rato, con esa manera de mirar que tenía, como si estuviera leyendo algo escrito en un idioma que solo ella entendía.

—Papá ya se fue —dijo—. Se fue el día que se murió. Lo que pasa es que ustedes no lo han dejado ir.

—¿Cómo que no lo hemos dejado ir?

—Siguen esperando que les diga algo. Siguen esperando que les explique por qué hizo lo que hizo. Siguen esperando que los perdone o que les pida perdón. Pero los muertos no hablan, hermanos. Los muertos se van y nos dejan con nuestras preguntas.

—¿Entonces qué hacemos?

—Dejar de hacer preguntas que no tienen respuesta. Dejar de esperar cosas que no van a llegar. Dejar que el muerto se vaya y que nosotros sigamos vivos.

Gloria puso las manos sobre el pecho del cadáver. No hizo nada especial, no rezó, no murmuró palabras mágicas. Solo puso las manos ahí, como si le estuviera diciendo adiós.

Y algo cambió.

No fue algo que se pudiera ver, pero todos lo sintieron. El aire se movió de manera diferente. Las velas parpadearon sin que hubiera viento. El cuerpo

del muerto se relajó, como si hubiera estado tenso todo ese tiempo y por fin pudiera descansar.

—Ya se fue —dijo Gloria—. Ahora sí ya se fue.

A la mañana siguiente, el cuerpo empezó a descomponerse. No de manera horrible, sino de manera natural, como les pasa a todos los muertos cuando llega su tiempo. El olor era fuerte, pero no desagradable. Olía a tierra húmeda, a flores marchitas, a tiempo que se acaba.

La gente empezó a irse. Los vendedores recogieron sus puestos, los mariachis guardaron sus instrumentos, las familias desmontaron sus carpas. En unas horas, el rancho volvió a quedarse callado, como si nada hubiera pasado.

Enterraron a don Celerino al mediodía del undécimo día. No hubo mucha ceremonia. Solo los tres hijos, el padre Tenoch, y algunos peones que habían trabajado con él durante años. Lo sepultaron en un terreno que no era de nadie, junto a un mezquite que daba buena sombra.

Cosme leyó unas palabras que había escrito en un papel: "Aquí descansa Celerino Avitia, que fue patrón, padre, y hombre terco. Que en vida no supo decir lo que sentía, y en muerte nos enseñó que a veces es mejor callar."

Agapito echó la primera palada de tierra. Después Gloria. Después Cosme. Los peones terminaron de llenar la fosa, y cuando acabaron, alguien puso una cruz de madera con el nombre del muerto grabado a cuchillo.

Los tres hermanos se quedaron ahí parados por un rato, mirando la tumba, sin saber qué decir. Al final, Gloria rompió el silencio:

—Ya estuvo, ¿verdad?

—Ya estuvo —contestó Cosme.

—Ya estuvo —dijo Agapito.

Y se fueron cada uno para su lado. Cosme a su casa con sus libros y sus cuentas. Agapito a La Noria con sus vacas que hablaban. Gloria al cerro con su agua que corría donde debía correr.

El rancho se quedó vacío, pero no abandonado. Se quedó esperando a que llegara el tiempo de repartirse, de dividirse, de convertirse en tres ranchos más pequeños donde tres hermanos vivirían las condiciones que su padre les había puesto.

Porque don Celerino Avitia, que en vida había sido hombre de palabra, en muerte siguió siendo hombre de testamento. Y los testamentos, como las deudas y las maldiciones, siempre se cumplen.

Solo que a veces tardan un poco más de lo esperado.

Como todo en San Hilario de las Amapolas, donde hasta los muertos se toman su tiempo para irse.

Y donde las historias nunca terminan, nomás se quedan esperando a que alguien las siga contando.

Capítulo 7.

Los aparecidos del Amapola

Después de que enterraron a don Celerino en lo que antes había sido la letrina del compadre Gorgonio —entre el gallinero de las gallinas ciegas y el pozo donde se ahogó el nieto de la Crescencia—, el aire del rancho San Hilario se puso espeso. No espeso como cuando va a llover, sino espeso como cuando alguien ha dicho algo que no debía decir y las palabras se quedan flotando, sin saber a dónde ir.

La gente del pueblo comenzó a murmurar que el muerto no había encontrado su lugar. Que el alma de don Celerino andaba perdida, como perro sin dueño, buscando donde recostarse. Decían que la tierra estaba revuelta, incómoda, como cuando uno se sienta en silla ajena y siente el calor de quien estuvo ahí antes.

—Es que lo enterramos donde no debíamos —murmuró la comadre Eufemia, la que sabía de estas cosas por habérselas contado su difunta abuela—. Los muertos tienen su lugar, y cuando no se les da, se lo buscan ellos solos.

Fue así como empezaron las apariciones.

El primero en verlo fue Isauro, el pastor que dormía entre sus borregos y roncaba como carreta en bajada. Dijo que esa noche —no recordaba cuál noche, pero sí que hacía frío y que las estrellas se veían como granos de sal tirados en un comal negro— despertó porque sintió que alguien lo miraba.

—Ahí estaba —contó después, con voz que le temblaba como hoja seca—. Parado junto al corral, con su sombrero ladeado y las manos en la espalda, igual que cuando andaba vivo, viendo si las cuentas le cuadraban. Pero tenía algo raro en los ojos. Como si viera cosas que nosotros no podemos ver.

Isauro se quedó quieto, sin respirar, esperando a que la aparición se fuera. Pero el muerto no se movía. Sólo miraba. Miraba el corral, miraba las ovejas, miraba al cielo como si estuviera leyendo algo escrito ahí arriba.

Entonces, sin volverse, sin mover la cabeza, don Celerino habló:

—El Lucero no era para Cosme. Pero ni modo. Ya está hecho.

Su voz sonaba como cuando hablaba en vida, pero llegaba de más lejos, como si viniera de debajo de la tierra o de detrás del viento.

Isauro se orinó encima —cosa que no le había pasado desde que era niño— y cerró los ojos, apretándolos hasta que le dolieron. Cuando los abrió, ya no había nadie. Sólo el eco de esas palabras, rodando entre las piedras como canicas perdidas.

Al día siguiente juntó sus cosas y se fue a vivir con su hija a Tezontepec. Decía que no podía seguir durmiendo en un lugar donde los muertos no respetaban el sueño de los vivos.

Después vino lo del gallo de Cosme.

Era un animal colorado, de cresta parada y mirada altiva, que toda su vida había cantado cuando debía cantar: al amanecer, para despertar al mundo, y al atardecer, para despedir al día. Nunca se había salido de su horario, como si llevara un reloj enterrado en el pecho.

Pero desde que enterraron a don Celerino, el gallo empezó a cantar a las tres de la tarde. Cantaba una sola vez, cuando el sol pasaba por detrás del Cerro Grande y las sombras se alargaban como dedos de muerto.

El canto tampoco era el mismo. Antes sonaba como clarín, alegre y fuerte. Ahora sonaba ronco, como si tuviera la garganta llena de tierra. Y parecía decir palabras. Palabras que se entendían a medias, como cuando alguien habla dormido.

—No se confíen —parecía decir. O —No se olviden. O —No se vayan.

Cosme, que no creía en aparecidos pero tampoco se atrevía a no creer, encerró al gallo en un cajón de madera. Pensó que ahí se callaría, que dejaría de decir cosas que no debía decir. Pero el gallo siguió cantando desde adentro, y ahora se oía peor, como si fuera voz de hombre hablando desde una tumba.

Una noche, Cosme se acercó al cajón y oyó que el gallo susurraba:

—La tierra está enojada. No le gusta que le digan qué sembrar. Cuidado con la raíz torcida.

Cosme abrió el cajón de un jalón. El gallo lo miró con ojos que parecían conocer secretos antiguos, secretos que dolían. Después suspiró —y sí, era un suspiro, no un cacareo— y salió caminando despacio, como viejo cansado.

Al llegar a la puerta, se echó a volar. Voló hacia el Cerro Lucero, donde se perdió entre las nubes bajas. Nadie lo volvió a ver.

Pero desde entonces, cada vez que Cosme se quedaba dormido, soñaba con espinas que le crecían dentro de los zapatos. Espinas que no se podían sacar, que se enterraban más cada vez que trataba de arrancarlas.

En La Noria, donde vivía Agapito, las cosas tampoco andaban bien.

Una mañana, al salir a ordeñar, encontró a las vacas formadas en círculo alrededor del pozo. No estaban bebiendo agua. No estaban mugiendo. Sólo miraban hacia abajo, con esa manera de mirar que tienen los animales cuando sienten cosas que los hombres no sienten.

Agapito se acercó para ver qué miraban. El agua del pozo estaba quieta, negra, como espejo empañado. Pero cuando se asomó, vio algo que le heló la sangre.

En el fondo, flotando sin hundirse, estaba el rostro de su madrastra, la Dolores. Tenía los ojos cerrados y una sonrisa que parecía decir:

—Te dije que esa agua no era para cualquiera.

Agapito se echó para atrás, tropezó con sus propios pies y cayó sentado en el lodo. Cuando volvió a mirar, el rostro ya no estaba. Sólo agua negra, quieta, que no reflejaba nada.

Esa noche puso una tapa de lámina sobre el pozo. La clavó con clavos largos, de esos que se usan para herraduras. Pero a la mañana siguiente la encontró abierta, doblada con cuidado, puesta a un lado como si alguien la hubiera quitado con ceremonia.

Volvió a ponerla. Volvió a amanecer quitada.

La tercera vez que pasó, Agapito se quedó despierto, escondido detrás del corral, esperando a ver quién quitaba la tapa. Pero no vio a nadie. Sólo oyó ruidos. Ruidos de agua que se movía sola, de lámina que se doblaba despacio, de pasos que no dejaban huella.

Al amanecer, encontró la tapa doblada en cuatro partes, puesta junto al brocal como servilleta usada.

Ya no volvió a tapar el pozo.

Los perros comenzaron a ladrar al aire. Ladraban hacia arriba, hacia las nubes, como si vieran cosas que volaban sin alas. Las vacas dejaron de dar leche, o la daban cortada, con grumos que sabían a tierra mojada. El burro del rancho empezó a rebuznar en latín —sí, en latín—, palabras sueltas que hacían persignarse al padre Tenoch cuando las oía.

Una de esas palabras, que repetía todas las noches, era:

—Non sum sepultus.

El cura, que sabía latín aunque no lo hablara bien, explicó que significaba:

—No estoy enterrado.

Gloria también sintió los cambios en su cerro.

Las mujeres que subían a buscar agua regresaban con los ojos llorosos, no por pena, sino por haber visto cosas que no sabían explicar. Decían que entre los árboles se aparecía una mujer joven, vestida con el rebozo de la Dolores pero con cara que no era de la Dolores. Una cara más firme, más antigua, como de alguien que ha estado esperando mucho tiempo.

La aparición no hablaba. Sólo señalaba hacia abajo, hacia el pueblo, y movía la cabeza como diciendo "no". Después se desvanecía como humo, dejando olor a flores marchitas y a tiempo perdido.

Una madrugada, Gloria encontró el espantapájaros de su huerto tirado en el suelo. Tenía las trenzas deshechas y los ojos quemados, como si alguien le hubiera puesto carbones ardiendo en lugar de botones. Lo levantó, lo volvió a vestir, le puso ojos nuevos. Pero al día siguiente estaba otra vez tirado, con los ojos quemados y algo más: tenía grabada en el pecho una palabra:

—Justicia.

Gloria no le contó a nadie lo del espantapájaros. Pero sí notó que el agua de su manantial comenzó a bajar de nivel. No mucho, pero lo suficiente para que se notara. Como si la tierra estuviera bebiendo más de lo que debía, como si tuviera sed de algo que no era agua.

El pueblo, mientras tanto, se llenó de historias.

En la tienda de don Requileo se contaban cosas con tortillas en la mano y café aguado en jarros despicados. En la cantina "El Resuello Final" se servían tragos con nombres nuevos:

—El suspiro de Celerino.

—El lodo del pozo.

—El gallo que habló.

Don Cleofás, que era el más borracho y el más sabio del pueblo, inventó una canción que decía:

—Don Celerino no se ha ido, anda penando por ahí, porque la tierra no lo quiere y el cielo no lo dejó subir.

Algunos decían que el alma del difunto se había dividido en tres partes: una en cada terreno, para vigilar a cada hijo y asegurarse de que cumplieran las condiciones del testamento. Otros, más fantasiosos, juraban que don Celerino nunca había muerto. Que lo habían enterrado vivo. Que ahora escarbaba desde la letrina, tratando de salir con los dientes y las uñas. Que por eso las lombrices se habían ido del lugar, espantadas por el ruido que hacía el muerto tratando de desenterrarse.

La comadre Bernarda, que era la más chismosa pero también la más valiente, se acercó una noche a la tumba para comprobar si era cierto que se oían ruidos. Puso la oreja en la tierra y se quedó quieta, sin respirar.

—Sí se oye —dijo después—. Se oye como si alguien rascara desde adentro. Pero no es ruido de uñas. Es ruido de raíces. Como si la tierra estuviera creciendo al revés.

Una noche de luna nueva, cuando el cielo estaba tan negro que parecía que se habían acabado las estrellas, apareció una cruz en medio del Amapola.

Era una cruz de madera vieja, de esas que se hacen con palos encontrados y alambre de púas. Estaba clavada en la tierra sin que hubiera alrededor ni huella de herramienta ni rastro de pasos. Como si hubiera crecido ahí sola, como planta mala.

En el madero horizontal, grabado con clavo o con cuchillo, había un letrero que decía:

—Aquí no es tu lugar.

Nadie supo quién la había puesto ni a quién iba dirigida. Cosme decía que era para Gloria, porque ella se había quedado con el agua que debía ser de todos. Agapito decía que era para Cosme, porque el Cerro Lucero no era para él. Gloria, cuando se enteró, sólo dijo:

—No es para ninguno de nosotros. Es para quien no quiso irse cuando debía irse.

La cruz se quedó ahí, inclinada como borracho, recordándole a todo el que pasara que hay lugares donde no se debe estar y tiempos en los que no se debe llegar.

Entonces comenzaron los sueños compartidos.

Cosme soñó que su padre llegaba a medianoche, con una libreta en la mano y una sonrisa que daba miedo. Le dictaba nuevos planos para el riego del Cerro Lucero, líneas complicadas que se enredaban como víboras. Pero cuando Cosme seguía las instrucciones, las plantas que crecían no eran plantas normales. Eran plantas con dientes, plantas que se movían solas, plantas que lo perseguían por el surco tratando de devorarlo.

Despertaba gritando, con las sábanas empapadas de sudor que olía a tierra removida.

Agapito soñó que las vacas lo encerraban en el corral y le decían que tenía que mugir el rosario completo antes de que saliera el sol. Pero él no sabía mugir bien, y cada vez que se equivocaba, las vacas se reían con risas que sonaban como su madrastra riéndose cuando lo regañaba de niño.

Despertaba llorando, con la garganta ronca de tanto mugir dormido.

Gloria soñó que su manantial se secaba de golpe, como si alguien hubiera quitado un tapón. Del fondo salía una mano, la mano de su padre, con la piel verde y las uñas largas. Le ofrecía una semilla negra, del tamaño de un corazón pequeño, y le decía:

—Siémbrala. Es lo único que va a crecer aquí cuando yo termine de arreglar las cuentas.

Despertaba con la boca llena de tierra, aunque su cama estuviera limpia y el aire del cerro siguiera siendo puro.

Los tres hermanos comenzaron a verse demacrados, ojerosos, como si algo les estuviera chupando la vida por las noches. Se cruzaban en el pueblo pero no se hablaban. Sólo se miraban con ojos que decían:

—¿A ti también te está pasando?

Y así fue como el rancho San Hilario se convirtió en escenario de sus propias culpas.

Donde antes crecían amapolas rojas como sangre nueva, ahora crecían flores pálidas, descoloridas, que se marchitaban antes de abrir. Donde antes se caminaba con paso firme, ahora se caminaba mirando atrás, esperando ver quién seguía. Donde antes se dormía tranquilo, ahora nadie cerraba bien los ojos, porque los sueños se habían vuelto territorio de los muertos.

El padre Tenoch organizó misas especiales para "tranquilizar las almas en pena", pero cuando llegaba al momento de la comunión, las hostias se le caían de las manos como si alguien invisible se las quitara. Las velas se apagaban solas. El vino de consagrar se volvía vinagre.

—Hay algo que no está bien —le dijo al obispo cuando vino de visita—. Hay algo que no se ha arreglado como debía arreglarse.

El obispo, que era hombre de ciudad y no entendía de estas cosas del campo, bendijo el pueblo con agua bendita y se fue pensando que el padre Tenoch estaba volviéndose loco por la soledad.

Pero la soledad no vuelve loco a nadie. Lo que vuelve loco es la compañía de quien no debería estar ahí.

En el Amapola, ese campo que había sido orgullo de don Celerino, cada noche se respiraba el rumor de una presencia que no buscaba venganza ni paz, sino permanencia.

Los trabajadores que pasaban cerca después del atardecer juraban que se oía música. No música de mariachi ni de violín, sino música de tierra que se mueve sola, de semillas que germinan en la oscuridad, de raíces que crecen hacia arriba buscando la luz que les falta.

Y entre esa música, a veces, se oía una voz que cantaba:

—Aquí me quedo, aquí me planto, aquí echo raíz y no me voy, que el muerto que no encuentra casa se queda donde le da el sol.

Celerino Avitia, tal vez, no había terminado de vivir.

O tal vez la tierra había empezado a cobrar deudas viejas, de esas que se pagan con intereses y se heredan a los hijos.

En San Hilario de las Amapolas, donde hasta los muertos se toman su tiempo para irse, las historias nunca terminan. Nomás se quedan ahí, esperando a que alguien las siga contando.

O a que alguien las viva por primera vez.

Capítulo 8

La guerra de los linderos

Fue por culpa de una piedra.

Una piedra que llevaba ahí desde antes de que nacieran los abuelos, desde que la tierra era de nadie y de todos, redonda como cabeza de santo y marcada con una cruz que alguien había grabado con clavo o con cuchillo. Una piedra que había servido de mojón durante tantos años que ya ni los viejos recordaban quién la había puesto.

Pero Cosme dijo que la piedra estaba mal puesta. Que según sus cuentas y sus papeles, el lindero del Cerro Lucero llegaba hasta donde había una mata de pitaya, tres varas más allá de donde marcaba la piedra. Y Agapito, que tenía los ojos rojos de tanto desvelarse con los sueños de las vacas que mugen oraciones, le dijo que no, que la piedra había estado ahí desde siempre y que moverse así como así sería como cambiarle el lugar a un santo.

—Esa piedra no se toca —le dijo una mañana, mientras desayunaban café amargo en la cocina que había sido de doña Dolores—. Mi papá me enseñó que los mojones son sagrados. Como cruces de camino.

—Tu papá está muerto —le contestó Cosme, limpiándose los lentes con el pañuelo que ya había servido para tres generaciones de Avitias—. Y los muertos no ponen linderos. Los vivos los ponen. Con medidas y con ley.

Se miraron por encima de las tazas, con esa manera de mirarse que tienen los hermanos cuando saben que van a pelear pero todavía no saben por qué. Afuera, el gallo que había cantado tarde desde que don Celerino murió volvió a soltar su canto ronco, destiempo, como si quisiera avisar de algo que no se veía venir.

—Además —siguió Cosme, porque era de los que no sabían cuándo parar de hablar—, yo tengo papeles. Mapas. Medidas hechas por el ingeniero Sotelo, que vino de la capital con sus aparatos.

—¿Y qué sabe ese ingeniero de esta tierra? ¿Qué sabe de lo que vale una piedra que ha estado ahí desde que el mundo es mundo?

Cosme se puso de pie tan rápido que tiró la silla. Era hombre delgado pero cuando se enojaba se le hinchaban las venas del cuello como cordones de zapato apretados.

—Sabe más que tú, que no sabes ni leer las horas en un reloj.

Agapito también se levantó, despacio, como se levantan los que saben que una vez parados ya no se van a sentar en un rato.

—No sé leer relojes, pero sé leer la tierra. Y la tierra dice que esa piedra no se mueve.

—Pues yo digo que sí se mueve.

—Pues yo digo que no.

Y ahí empezó todo.

Esa misma tarde, Cosme llegó con tres peones armados de barras, picos y una cuerda para medir. Encontraron a Agapito sentado sobre la piedra, con su sombrero echado para atrás y las manos cruzadas sobre las rodillas, como si fuera parte del paisaje.

—Quítate de ahí —le dijo Cosme.

—No.

—Que te quites, que tengo que mover la piedra.

—Que no me quito, que la piedra se queda dónde está.

Los peones se miraron entre ellos. Conocían a los dos hermanos desde que eran niños, sabían que cuando se ponían tercos no había santo que los hiciera entrar en razón. El más viejo, que se llamaba Juventino pero ya tenía canas hasta en las cejas, se quitó el sombrero y se rascó la cabeza.

—¿Y ora qué hacemos, patrón?

Cosme se quedó pensando. Podía mandar que sacaran a Agapito a la fuerza, pero Agapito era fuerte como toro y terco como mula, y además traía consigo el machete que usaba para desyerbar. Los peones no eran cobardes, pero tampoco eran tontos.

—Está bien —dijo al final—. Ahí te quedas. Pero la piedra se mueve mañana, te guste o no te guste.

—A ver si puedes —contestó Agapito, sin moverse de donde estaba.

Cosme se fue con sus peones, pero esa noche no durmió. Se quedó despierto haciendo cuentas, midiendo distancias en el papel, calculando cuánto terreno perdía si la piedra se quedaba dónde estaba. No era mucho, tal vez una hectárea, pero en esa hectárea cabían cien matas de maíz, o cincuenta de frijol, o treinta magueyes que en diez años darían pulque suficiente para vender en el pueblo.

Una hectárea era una hectárea. Y una hectárea de menos era dinero de menos. Y dinero de menos era morirse un poco cada día.

A la mañana siguiente, Agapito siguió en la piedra. Había dormido ahí, acurrucado como gato, con el machete a un lado y la mirada puesta en el camino por donde vendría su hermano. Tenía los ojos hinchados y la cara sucia, pero no se veía cansado. Se veía como se ven los que han decidido algo y ya no van a cambiar de parecer aunque se acabe el mundo.

Cosme llegó con más gente. No sólo peones, sino también el licenciado Bermúdez, que era abogado en Pachuca y cobraba por venir hasta el rancho lo que otros ganaban en un mes. Traía un portafolios de cuero y lentes de oro que se había comprado con los pleitos de las herencias mal repartidas.

—Buenos días, Agapito —le dijo el licenciado, con esa voz melosa que usaba para convencer viudas de que firmaran papeles—. Vengo a explicarte que tu hermano tiene razón. La piedra está mal puesta.

—Buenos días, licenciado —contestó Agapito sin moverse—. Vengo a explicarle que usted no conoce esta tierra. La piedra está bien puesta.

El licenciado sacó unos papeles del portafolios. Eran hojas blancas llenas de números y rayas, con sellos oficiales y firmas que parecían dibujos de niño.

—Mira, aquí está el plano original del rancho. Según las medidas que hizo el gobierno, el lindero pasa por...

—Según las medidas que hizo mi bisabuelo —lo interrumpió Agapito—, el lindero pasa por donde está la piedra. Y mi bisabuelo conocía esta tierra mejor que el gobierno.

—Pero es que ahora hay que respetar la ley.

—Yo respeto la ley de la tierra. Y la tierra dice que la piedra no se mueve.

El licenciado suspiró como suspiran los que cobran por hora y ven que las horas se van a hacer largas.

—Agapito, no seas necio. Tu hermano te puede compensar. Te puede dar una franja de terreno en otro lado.

—No quiero compensación. Quiero que la piedra se quede dónde está.

—¿Y por qué? No es más que una piedra.

Agapito levantó la vista por primera vez y miró al licenciado con ojos que parecían pozos hondos.

—Porque cuando mueva esta piedra, mi hermano va a querer mover la siguiente. Y después la siguiente. Y al final me va a querer mover a mí.

La cosa se puso seria cuando llegaron con la grúa.

Era una grúa pequeña, de esas que se usan para sacar vacas atascadas en los pantanos, pero a Agapito le pareció un monstruo de hierro. La habían traído de Tula, pagando flete y propina, y el operador era un hombre gordo que masticaba chicle y hablaba como si tuviera prisa de irse a otro lado.

—¿Cuál es la piedra? —preguntó, escupiendo el chicle en el suelo.

—Esa —dijo Cosme, señalando hacia donde seguía sentado su hermano.

—¿Y qué hago con el que está sentado encima?

—Sácalo.

El operador miró a Agapito, que lo miraba de vuelta con cara de perro bravo. Era hombre experimentado, había sacado piedras de todos los tamaños, pero nunca había tenido que sacar hermanos.

—Eso no me lo pagan —dijo.

—Te pago extra.

—No es cosa de dinero. Es cosa de que ese hombre trae machete.

Y sí, Agapito traía machete. Lo había puesto sobre las piernas, con el filo hacia abajo, pero de manera que se viera bien. Era un machete viejo, heredado de su padre, con el mango gastado por tantas manos que lo habían empuñado. Un machete que sabía cortar caña, maleza, y otras cosas si era necesario.

—Agapito —le gritó Cosme desde lejos—. Quítate de ahí o te quitamos.

—Vengan a quitarme —contestó Agapito, sin gritar, pero su voz se oyó clara como si hubiera hablado junto al oído.

Los peones se miraron entre ellos. Conocían a Agapito desde niño, sabían que era hombre pacífico, que nunca se metía en pleitos, que prefería dar la vuelta antes que pelear. Pero también sabían que cuando un hombre pacífico saca el machete, es porque ya no está de humor para dar vueltas.

—Yo no me acerco —dijo Juventino—. Ese hombre trae cara de que ya decidió morirse aquí.

Y tenía razón. Agapito tenía cara de hombre que ha encontrado el lugar donde quiere que lo entierren.

Esa noche, los dos hermanos se quedaron ahí. Cosme en su camioneta, con el motor prendido para que le diera calor, y Agapito en su piedra, tapado con un sarape que había traído su mujer antes de morirse.

Entre ellos había veinte metros de distancia y treinta años de rencores que nunca se habían dicho con palabras.

A medianoche, cuando ya no se oía más que el canto de los grillos y el ronquido del motor, Cosme se bajó de la camioneta. Caminó despacio hacia donde estaba su hermano, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha, como si fuera a pedir perdón por algo.

—Agapito.

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo.

—Ya hablamos en la mañana.

—No hablamos. Peleamos.

Agapito no contestó. Sólo se acomodó el sarape sobre los hombros y siguió mirando hacia el cerro, donde Gloria vivía con sus mujeres y su agua que corría donde debía correr.

—¿Te acuerdas —siguió Cosme— cuando éramos niños y nos peleábamos por los juguetes?

—No teníamos juguetes.

—Bueno, por las canicas. Por los trompos. Por cualquier cosa.

—Me acuerdo que siempre ganabas tú. Porque eras el mayor.

—¿Y te acuerdas qué decía papá cuando nos peleábamos?

—Decía que nos fuéramos a pelear al corral. Que en la casa no quería pleitos.

Cosme se rio, pero era una risa triste, como de hombre que recuerda cosas que ya no van a volver.

—Y nosotros íbamos al corral y nos dábamos de golpes hasta que se nos quitaba el coraje.

—Después nos sentábamos en el brocal del pozo y nos curábamos las heridas.

—Y al rato ya éramos amigos otra vez.

Se quedaron callados. El motor de la camioneta siguió ronroneando, y a lo lejos se oyó el canto del gallo desafinado, que ya se había vuelto parte del paisaje nocturno del rancho.

—Agapito —dijo Cosme—. Quítate de la piedra. Te juro que te voy a dar un terreno mejor en otra parte.

—No es por el terreno, Cosme.

—¿Entonces por qué?

Agapito se quitó el sombrero y se pasó la mano por el pelo, que ya empezaba a clarear en las sienes.

—Porque si te dejo mover esta piedra, después vas a querer mover la de allá. Y después la de más allá. Y al final vas a querer que yo me vaya del rancho, para que te quedes con todo.

—Eso no es cierto.

—¿No? ¿Entonces por qué no te conformas con lo que tienes?

Cosme no supo qué contestar. Porque la verdad era que no se conformaba. Nunca se había conformado. Desde niño había querido más: más juguetes,

más dulces, más atención de su padre. Y ahora quería más tierra, más agua, más de todo lo que se pudiera tener.

—Es que hay que progresar, Agapito. Hay que hacer las cosas bien, con medidas exactas, con papeles en regla.

—¿Y qué hay de malo en hacer las cosas como siempre se han hecho?

—Que los tiempos cambian.

—Los tiempos cambian, pero la tierra no. La tierra sigue siendo la misma desde que se hizo el mundo.

Cosme suspiró y se dio la vuelta para irse. Pero a medio camino se detuvo y habló sin voltear.

—Mañana traigo al juez. Si no te quitas, te van a quitar a la fuerza.

—Que traigan al juez. Que traigan al gobernador si quieren. Esta piedra no se mueve.

Y cada uno se quedó en su lugar: Cosme en su camioneta, pensando en leyes y papeles, y Agapito en su piedra, pensando en tierra y tradiciones.

Entre ellos, el viento movía las hojas secas que habían caído de un mezquite, y las hojas sonaban como susurros de muertos que no encuentran descanso.

El juez llegó al día siguiente en una camioneta blanca llena de polvo y con una llanta desinflada. Era un hombre pequeño, con bigote de cepillo y panza de pulquero, que se quejaba del calor antes de bajarse del vehículo.

Se llamaba Evaristo Méndez y era juez de Tizayuca, pero venía a San Hilario porque Cosme le había prometido una docena de quesos de cabra y dos chorizos de los que hacía la comadre Remedios. En tiempos de escasez, un juez también tiene hambre.

—Buenos días —les dijo a los dos hermanos, limpiándose el sudor con un pañuelo que ya había conocido mejores días—. ¿Cuál es el problema?

—El problema es esa piedra —dijo Cosme—. Y mi hermano que no se quiere quitar de encima.

—¿Y por qué no se quiere quitar?

—Porque es terco como mula.

El juez miró a Agapito, que seguía sentado en la piedra con su machete sobre las piernas y cara de santo que no hace milagros.

—¿Usted qué dice?

—Digo que esta piedra marca el lindero desde hace cien años. Y que moverla sería como mover una cruz de un cementerio.

—¿Pero tiene papeles que lo demuestren?

—Tengo la palabra de mi bisabuelo. Y la de mi abuelo. Y la de mi padre.

—Las palabras se las lleva el viento —dijo el juez, con tono de quien ha oído esa frase en muchos juicios—. Los papeles se quedan.

Y sacó su código civil, un librito gordo y manoseado donde estaban escritas todas las leyes que regían los pleitos de los hombres. Lo abrió en una página que ya conocía de memoria y leyó:

—"Artículo quinientos cuarenta y dos: Los linderos de las propiedades se determinarán conforme a los títulos de propiedad y a las medidas oficiales realizadas por las autoridades competentes."

—¿Y qué quiere decir eso? —preguntó Agapito.

—Quiere decir que su hermano tiene razón. La piedra se mueve.

Agapito se quedó callado por un largo rato. Después levantó la vista y miró al juez con ojos que parecían ver cosas que otros no veían.

—¿Y qué dice la ley de los hombres que se mueren defendiendo lo que es suyo?

El juez cerró el libro de golpe. No le gustaba cuando los pleitos se ponían dramáticos. Prefería los divorcios, donde a lo mucho se tiraban platos.

—No se ponga así, hombre. Nadie se va a morir. Su hermano le va a dar otra tierra.

—No quiero otra tierra. Quiero esta tierra.

—Pues esta tierra no es suya. Es de su hermano.

—Esta tierra es de quien la ha trabajado. Y yo la he trabajado más que él.

Cosme, que había estado callado, dio un paso hacia adelante.

—Eso no es cierto. Yo también la he trabajado.

—Tú la has trabajado con tractores. Yo la he trabajado con las manos.

—¿Y eso qué importa?

—Importa que cuando trabajas la tierra con las manos, la tierra te conoce. Te reconoce. Sabe que eres parte de ella.

El juez suspiró. En veinte años de carrera había visto pleitos por gallinas, por mujeres, por deudas de cinco pesos. Pero nunca había visto a un hombre dispuesto a morirse por una piedra.

—Mire, señor Agapito —le dijo—. Sea razonable. La ley es la ley.

—¿Y quién hizo la ley?

—El gobierno.

—¿Y el gobierno conoce esta tierra?

—La ley es para todos por igual.

—La ley será para todos por igual, pero la tierra no. Cada pedazo de tierra tiene su historia. Cada piedra tiene su lugar. Y esta piedra ha estado aquí desde antes de que hubiera gobierno.

El juez miró su reloj. Ya era mediodía y él tenía que estar de vuelta en Tizayuca antes del atardecer, porque su mujer le tenía preparado mole de guajolote y no le gustaba que se le enfriara.

—Está bien —dijo—. Le doy una hora para que se quite de la piedra. Si no se quita, mando traer a la policía.

—Traiga a la policía. Traiga al ejército si quiere. Esta piedra no se mueve.

Y el juez se fue, maldiciendo por lo bajo el día en que había aceptado ser juez de un pueblo donde la gente se peleaba por piedras y hablaba de la tierra como si fuera persona.

La policía llegó dos horas después. Eran tres hombres jóvenes, de esos que acababan de salir de la academia y todavía creían que todos los problemas se resolvían con la ley y las esposas.

El comandante se llamaba Rutilio y tenía cara de niño serio. Se acercó a Agapito con las manos en la cintura, donde cargaba una pistola que nunca había disparado contra nadie.

—Señor, tiene que moverse de ahí.

—No me voy a mover.

—Es una orden.

—No obedezco órdenes de niños.

Rutilio se puso colorado. Le había dicho niño, y eso era lo que más le dolía, porque sabía que era cierto.

—No soy niño. Soy la autoridad.

—La autoridad de verdad está en esa piedra. Y esa piedra dice que me quede aquí.

Los otros dos policías se miraron. Nunca habían tenido que arrestar a alguien que hablara con piedras.

—Señor —insistió Rutilio—, le voy a contar hasta tres. Si no se mueve, lo vamos a sacar a la fuerza.

—Cuente hasta cien si quiere. No me voy a mover.

—Uno.

Agapito cerró los ojos.

—Dos.

Agapito puso la mano sobre el machete.

—Tres.

Y ahí fue cuando pasó lo que tenía que pasar.

Rutilio se acercó para agarrar a Agapito del brazo, pero Agapito se levantó de un salto, con el machete en la mano y los ojos brillando como carbones encendidos.

—¡No me toque! —gritó—. ¡El que me toque se las ve conmigo!

Los policías se echaron para atrás. Habían visto machetes en las películas, pero nunca tan cerca, brillando bajo el sol como relámpago de metal.

—¡Baje el arma! —gritó Rutilio, sacando su pistola.

—¡No es arma! ¡Es herramienta de trabajo!

—¡Le digo que la baje!

—¡Le digo que no!

Y ahí se quedaron: Agapito con su machete, los policías con sus pistolas, y en medio la piedra que había causado todo el pleito, quieta y redonda como si nada de esto tuviera que ver con ella.

Cosme, que había estado viendo todo desde lejos, se acercó despacio.

—Agapito, por favor. No hagas esto.

—No estoy haciendo nada. Sólo estoy defendiendo lo que es mío.

—La tierra no es de nadie, hermano. La tierra es de Dios.

—Entonces Dios dirá quién tiene razón.

Y levantó el machete hacia el cielo, como si le estuviera ofreciendo algo a alguien que no se veía.

En ese momento, como si de verdad hubiera oído la ofrenda, empezó a llover.

No era lluvia de la que se ve venir. Era lluvia que llegaba de la nada, gorda y repentina, como si el cielo se hubiera roto de repente. En segundos, todos estaban empapados.

Los policías guardaron sus pistolas para que no se mojaran. Cosme corrió a refugiarse bajo el mezquite. El juez se metió a su camioneta.

Pero Agapito se quedó ahí, parado sobre la piedra con el machete en alto, dejando que la lluvia le corriera por la cara como lágrimas de alegría.

—¡Ya ven! —gritó—. ¡Hasta el cielo sabe que tengo razón!

Y siguió lloviendo toda la tarde, como si después de meses de sequía el mundo hubiera recordado cómo se hacía agua.

Cuando paró de llover, ya era de noche, y todos se habían ido a sus casas. Sólo quedaron los dos hermanos: Cosme en su camioneta, y Agapito en su piedra.

Entre ellos, los charcos brillaban como espejos rotos, reflejando las estrellas que habían salido a ver qué había pasado.

Al día siguiente no hubo grúa ni policías ni juez.

Cosme se levantó temprano, se vistió con su mejor ropa, y caminó hacia donde estaba su hermano. Llegó hasta la piedra y se quedó parado ahí, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha.

—Agapito.

—¿Qué quieres ahora?

—Quiero pedirte perdón.

Agapito levantó la vista, sorprendido. En cuarenta años de conocer a su hermano, nunca lo había oído pedir perdón por nada.

—¿Perdón de qué?

—De haber querido mover la piedra. De haber traído extraños a nuestro rancho. De haber olvidado que somos hermanos.

Agapito se quedó callado por un rato largo. Después se bajó de la piedra y se acercó a Cosme.

—¿Y qué va a pasar con el terreno?

—El terreno se queda como está. La piedra no se mueve.

—¿Seguro?

—Seguro.

Los dos hermanos se miraron a los ojos, como se habían mirado cuando eran niños y se peleaban en el corral. Pero ahora no tenían ganas de pelear. Tenían ganas de recordar que antes de ser enemigos habían sido hermanos.

—¿Sabes qué? —dijo Cosme—. Creo que papá tenía razón.

—¿Razón de qué?

—De que la tierra no se puede dividir. Que por mucho que la partas, sigue siendo la misma tierra.

Agapito sonrió por primera vez en días.

—Y nosotros seguimos siendo los mismos hermanos.

Se dieron la mano, ahí junto a la piedra que había estado a punto de separarlos para siempre. Y la piedra se quedó donde había estado siempre: marcando el lindero entre dos tierras que en el fondo eran una sola, como los hermanos que las trabajaban.

Desde ese día, nadie volvió a hablar de mover piedras en el rancho San Hilario.

Porque ya habían aprendido que hay cosas que no se deben mover, como las cruces de los cementerios, las raíces de los árboles viejos, y el cariño entre hermanos que han crecido en la misma tierra.

Y la piedra siguió ahí, redonda y marcada con su cruz, recordándole a todo el que pasara que los mejores linderos no son los que separan, sino los que juntan.

Como las historias de San Hilario de las Amapolas, donde hasta las piedras saben contar lo que ha pasado y lo que está por pasar.

Capítulo 9.

Milagros, santos y comadres

Fue la comadre Remedios quien encontró el hueso.

Lo halló una mañana cuando andaba buscando quelites para el caldo, entre los surcos de la milpa abandonada que había sido de don Melesio, allá donde la tierra se había vuelto caprichosa desde que empezaron las apariciones de

don Celerino. Un hueso blanquecino, como de dedo, que brillaba entre la maleza como si tuviera luz propia.

Al principio pensó que era hueso de animal. De chivo, tal vez, o de marrano que se había perdido en el monte. Pero cuando lo levantó para tirarlo lejos, sintió que le quemaba la palma de la mano. No quemaba como fuego, sino como cuando uno toca metal que ha estado todo el día bajo el sol. Un calor que no dolía pero que avisaba de algo.

—Esto no es hueso común —se dijo, guardándoselo en el delantal sin saber por qué lo hacía.

Esa noche soñó que una voz le decía: —Ese hueso es de San Hilario, el que le dio nombre al pueblo. Guárdalo bien, que va a hacer milagros.

Despertó con la boca seca y las manos temblando. Se levantó a beber agua, pero el agua le sabía a gloria. Dulce como miel, fresca como lluvia nueva. Y cuando se miró en el espejo roto de la cocina, vio que las arrugas se le habían borrado un poco, como si el sueño le hubiera quitado cinco años de encima.

Al día siguiente le contó a la comadre Eufemia, que le contó a la comadre Bernarda, que le contó a doña Crescencia, que se lo contó al padre Tenoch mientras se confesaba de haber pensado mal del marido de la vecina.

El padre Tenoch, que llevaba años sin ver un milagro más grande que encontrar dinero en la caja de limosnas, se entusiasmó como niño con juguete nuevo.

—Tráeme ese hueso —le dijo a Remedios—. Hay que examinarlo con cuidado.

La reliquia —porque así la llamó el padre desde el primer momento— no era más grande que un dedo meñique. Tenía la forma de los huesos que quedan después de que la tierra se come la carne, pero estaba completo, sin roturas, como si hubiera sido tallado por manos expertas.

Cuando el padre Tenoch lo puso sobre el altar, junto al Cristo de madera que tenía un brazo pegado con Resistol, la iglesia se llenó de un olor extraño. No era olor de incienso ni de flores. Era olor a campo después de la lluvia, a tierra bendita, al tiempo que regresa.

—Hermanos —dijo en la misa del domingo, mostrando el hueso envuelto en un paño blanco—, aquí tenemos una reliquia de nuestro santo patrón. San Hilario ha decidido manifestarse entre nosotros.

La gente se persignó con más devoción de la que habían tenido en años. Algunos lloraron. Otros se hincaron ahí mismo, sobre las piedras del piso, sin importarles que les dolieran las rodillas.

Doña Crescencia, que era la más beata del pueblo, fue la primera en pedir que la dejaran tocar la reliquia.

—Padre —le dijo—, tengo un dolor en la espalda que me mata desde hace diez años. Déjeme tocar el huesito de San Hilario, a ver si me alivia.

El padre, que no sabía bien qué hacer pero que tampoco quería desaprovechar la ocasión, accedió. Doña Crescencia tocó el hueso con la punta del dedo, se persignó tres veces, y salió de la iglesia caminando más derecha de lo que había caminado en una década.

La noticia corrió por el pueblo como agua en barranca. Que doña Crescencia se había curado. Que el hueso era milagroso. Que San Hilario había vuelto para sanar a su gente.

Al día siguiente, la iglesia estaba llena desde antes del amanecer.

Vinieron enfermos de todos los males: los que tenían tos seca, los que no podían caminar bien, los que se habían quedado ciegos de tanto mirar el sol, los que ya no podían recordar ni sus propios nombres. Vinieron también los que no estaban enfermos del cuerpo, pero sí del alma: los que no podían dormir por las culpas, los que habían perdido la fe, los que cargaban penas más pesadas que costales de maíz.

El padre Tenoch, que nunca había visto su iglesia tan llena, se sentía como San Pedro el día de Pentecostés. Organizó una fila para que la gente pudiera tocar la reliquia en orden, sin empujones, con la devoción que se merecía un milagro verdadero.

Macedonio Flores, que tenía las manos torcidas de tanto trabajo, tocó el hueso y juró que sintió cómo los dedos se le enderezaban. La comadre Domitila, que había perdido la voz después de gritar toda una noche cuando se le murió el hijo, tocó la reliquia y pudo cantar otra vez las alabanzas que sabía de memoria.

Pero el milagro que más llamó la atención fue el de Rutilio Medina, el nieto de don Abundio, que había nacido con una pierna más corta que la otra y caminaba cojo desde que aprendió a caminar. Cuando tocó el hueso de San Hilario, dicen que se oyó un tronido como de rama que se quiebra, y el muchacho se puso a caminar derecho, sin cojear, como si nunca hubiera tenido problema alguno.

—¡Milagro! —gritó la gente—. ¡Milagro de San Hilario!

Y todos se pusieron a llorar y a aplaudir, porque hacía mucho tiempo que no veían algo que les recordara que Dios no se había olvidado de su pueblo.

Pero no todos estaban contentos con los milagros.

Cosme Avitia, que desde la pelea con su hermano andaba más desconfiado que de costumbre, dijo que eso de los milagros era pura sugestión. Que la gente se curaba porque quería curarse, no porque el hueso tuviera poderes.

—¿Cómo va a tener poderes un hueso que encontraron en la milpa? —le preguntó a quien quisiera oírlo—. Si fuera reliquia de verdad, ¿no debería estar en alguna iglesia grande, en una ciudad importante?

Agapito, que desde que hizo las paces con su hermano se había vuelto más creyente, le contestó:

—¿Y por qué no puede estar aquí? ¿Acaso San Hilario no es santo de los pobres? ¿No es santo de los que viven en pueblos chicos y trabajan la tierra con las manos?

La discusión se puso seria cuando Cosme dijo que todo era invento del padre Tenoch para llenar la iglesia y la caja de limosnas.

—Ese padre está aprovechándose de la necesidad de la gente —dijo—. Está vendiendo esperanza falsa.

—¿Y qué hay de malo en vender esperanza? —le preguntó la comadre Eufemia, que había estado oyendo—. ¿No es mejor vender esperanza que vender desesperanza?

—Hay que ser realista —insistió Cosme—. Los milagros no existen. Lo que existe es el trabajo y el esfuerzo.

—¿Y entonces qué me dices de Rutilio? ¿También su pierna se enderezó por esfuerzo?

Cosme no supo qué contestar. Había visto al muchacho caminando derecho, sin cojear, y por más que buscara explicación lógica, no la encontraba.

La fama de los milagros se extendió más allá de San Hilario.

Llegaron peregrinos de pueblos vecinos: de Tizayuca, de Tula, de hasta Pachuca. Llegaron en burros, en caballos, en camiones destartalados que se quedaban sin gasolina en la subida del cerro. Llegaron cargando enfermos en parihuelas, trayendo niños que no hablaban, ancianos que ya no se acordaban de sus nombres.

El pueblo, que había estado triste desde la muerte de don Celerino, de repente se llenó de vida. Se abrieron fondas para dar de comer a los peregrinos. Se pusieron puestos de velas, de escapularios, de estampitas de San Hilario hechas en el taller del compadre Gorgonio. Hasta don Requileo, que tenía la tienda, empezó a vender agua bendita en botellas de refresco.

—San Hilario está haciendo más por este pueblo que todos los gobernadores juntos —decía la comadre Bernarda, que había puesto un puesto de quesadillas junto a la iglesia y vendía como nunca había vendido.

Pero no todos los milagros eran de curación.

La comadre Remedios, que había encontrado el hueso, empezó a tener visiones. Decía que se le aparecía San Hilario en persona, vestido como campesino, con sombrero de petate y huaraches de cuero. Le daba consejos sobre cómo cuidar a los enfermos, sobre qué hierbas usar para cada mal, sobre cómo rezar para que las oraciones llegaran más rápido al cielo.

—San Hilario me dijo —contaba—, que este pueblo está bendito desde que se fundó. Que por eso se llama San Hilario de las Amapolas, porque las amapolas son flores que crecen en tierra sagrada.

Pero las visiones de Remedios no eran las únicas.

Doña Crescencia empezó a profetizar. Decía que San Hilario le había revelado que iba a venir una época de abundancia para el pueblo, pero que

antes tenía que pasar una prueba. Una prueba que iba a separar a los que tenían fe verdadera de los que sólo tenían fe de conveniencia.

—Va a llover —profetizaba—, pero no va a ser lluvia de agua. Va a ser lluvia de bendiciones. Y los que no estén preparados se van a ahogar en su propia incredulidad.

El padre Tenoch, que al principio había estado contento con los milagros, empezó a preocuparse. Las profecías de las comadres se estaban saliendo de control. La gente ya no iba a misa nada más los domingos, sino todos los días. Y no iban a oír la palabra de Dios, sino a oír las revelaciones de Remedios y las profecías de Crescencia.

—Hermanas —les dijo—, está bien que tengan devoción, pero no se olviden de que yo soy el pastor de esta iglesia. Las revelaciones tienen que pasar por mí.

—¿Y quién le dijo que usted era el único que podía hablar con San Hilario? —le contestó Remedios—. ¿No fue el mismo San Hilario quien me dijo que encontrara el hueso?

—Sí, pero...

—Pero nada, padre. Los santos hablan con quien quieren hablar. Y a veces les hablan más a los pobres que a los ricos. Más a las mujeres que a los hombres. Más a los que sufren que a los que estudian.

La cosa se complicó cuando llegaron los inspectores de la diócesis.

Venían de Tulancingo, mandados por el obispo, para investigar si los milagros eran verdaderos o falsos. Eran dos sacerdotes jóvenes, recién salidos del seminario, que traían libros sobre teología y formularios para documentar todo lo que veían.

Se llamaban padre Román y padre Silvestre, y parecían más detectives que curas. Interrogaron a todos los que habían sido curados, les pidieron que se desnudaran para examinarles el cuerpo, les hicieron preguntas difíciles sobre si habían sentido dolor o calor o frío cuando tocaron la reliquia.

A Rutilio Medina lo llevaron a Pachuca para que lo examinara un médico. El médico dijo que la pierna estaba perfecta, que no había señales de que hubiera estado torcida, pero que eso no significaba que hubiera habido milagro. Que a lo mejor el muchacho había estado fingiendo toda su vida.

—¿Fingiendo? —se enojó doña Gertrudis, la abuela de Rutilio—. ¿Cómo va a fingir un niño que nació cojo? ¿Para qué iba a fingir?

—Para llamar la atención —dijo el padre Román—. Para que la gente le tuviera lástima.

—Padre —le contestó doña Gertrudis—, usted no conoce a mi nieto. Ese niño nunca pidió lástima. Ese niño siempre quiso ser igual que los demás.

Pero los inspectores siguieron con sus investigaciones. Examinaron el hueso con lupa, lo pesaron, lo midieron, hasta lo olieron para ver si tenía algún olor

especial. Dijeron que no encontraron nada extraordinario. Que era un hueso común y corriente, probablemente de pollo o de conejo.

—¿Hueso de pollo? —se indignó la comadre Eufemia—. ¿Cómo va a ser hueso de pollo un hueso que hace milagros?

—Los milagros no los hace el hueso —le explicó el padre Silvestre—. Los milagros los hace Dios. Y Dios puede hacer milagros con cualquier cosa, hasta con huesos de pollo.

—Entonces, ¿por qué no creen en nuestros milagros?

—Porque tenemos que estar seguros de que son milagros verdaderos, no ilusiones o coincidencias.

Mientras los inspectores hacían su trabajo, el pueblo se dividió en dos bandos.

Los que creían en los milagros se juntaron alrededor de las comadres Remedios y Crescencia. Decían que los curas de la ciudad no entendían los milagros de los pueblos chicos, que querían quitarles su santo para llevárselo a una iglesia grande donde hubiera más dinero.

Los que dudaban se juntaron alrededor de Cosme Avitia. Decían que todo era engaño, que las comadres estaban enloquecidas, que el padre Tenoch había perdido la cabeza por la ambición.

En medio quedó Agapito, que no sabía qué creer. Había visto los milagros con sus propios ojos, pero también había oído los argumentos de los inspectores. Una noche fue a hablar con Gloria, su hermana, que vivía en su cerro como si fuera ermitaña.

—Gloria —le dijo—, ¿tú qué piensas de todo esto?

Gloria, que había estado viendo desde lejos todo lo que pasaba en el pueblo, se quedó callada por un rato largo. Después habló con esa voz suave que tenía desde niña:

—Yo pienso que los milagros no son cosas que se puedan medir con regla o pesar con báscula. Los milagros son cosas que pasan en el corazón de la gente.

—¿Pero son verdaderos o falsos?

—¿Qué importa si son verdaderos o falsos? Lo que importa es si le hacen bien a la gente o le hacen mal.

—¿Y les hacen bien?

—Mira a tu alrededor. ¿Has visto alguna vez al pueblo tan lleno de esperanza? ¿Has visto alguna vez a la gente tan unida, tan dispuesta a ayudarse unos a otros?

Era cierto. Desde que habían empezado los milagros, la gente se trataba mejor. Los que tenían más compartían con los que tenían menos. Los que estaban sanos cuidaban a los que estaban enfermos. Hasta los borrachos de

la cantina habían dejado de pelear y se habían puesto a ayudar a los peregrinos que llegaban.

—Entonces, ¿crees que el hueso es de San Hilario?

—Yo creo que San Hilario está en todas partes. En el hueso, en la tierra, en el corazón de la gente que cree. Y también está en el corazón de la gente que no cree, pero que quiere creer.

Los inspectores se fueron después de una semana, prometiendo que mandarían su reporte al obispo. Dijeron que los supuestos milagros no cumplían con los requisitos de la Iglesia, que no había evidencia científica de curaciones sobrenaturales, que la reliquia no tenía la antigüedad necesaria para ser considerada auténtica.

Pero el pueblo no les hizo caso.

Los milagros siguieron pasando. Los peregrinos siguieron llegando. Las comadres siguieron profetizando. Y el hueso siguió brillando sobre el altar, envuelto en su paño blanco, como si no le importara lo que dijeran los inspectores de la ciudad.

El padre Tenoch, después de pensarlo mucho, decidió seguir con las ceremonias. Al fin y al cabo, él era el cura del pueblo, no de la diócesis. Y su obligación era cuidar a su gente, no obedecer a burócratas que nunca habían visto un milagro verdadero.

—Hermanos —dijo en la misa del domingo después de que se fueran los inspectores—, yo he visto cosas que no se pueden explicar con palabras. He visto a cojos caminar, a ciegos ver, a mudos hablar. He visto cómo la fe puede mover montañas, o por lo menos enderezar piernas torcidas.

La gente aplaudió. Algunos lloraron. Otros gritaron: —¡Viva San Hilario! ¡Viva el padre Tenoch!

—Pero quiero decirles algo más —siguió el padre—. Los milagros no son para que nos volvamos fanáticos. Son para que nos volvamos mejores. San Hilario no vino a dividirnos, sino a unirnos. No vino a hacernos sentir superiores a otros pueblos, sino a recordarnos que todos somos hijos de Dios.

Esa noche, mientras el pueblo dormía tranquilo después de la misa, la comadre Remedios tuvo su última visión.

Se le apareció San Hilario, pero no como las veces anteriores. Esta vez se veía cansado, como si hubiera caminado mucho. Se sentó en una silla de tule que había en la cocina de Remedios y suspiró como suspiran los viejos cuando se acuerdan de cosas que ya pasaron.

—Remedios —le dijo—, quiero darte las gracias.

—¿Gracias de qué, San Hilario?

—De haber encontrado el hueso. De haber creído en los milagros. De haber ayudado a que la gente recordara que la fe es más fuerte que la duda.

—¿Pero es verdad que es su hueso?

San Hilario sonrió con esa sonrisa que tienen los santos en las estampitas.

—¿Qué importa si es mi hueso o no? Lo que importa es que a través de ese hueso, Dios les ha dado lo que necesitaban: esperanza, fe, ganas de vivir.

—¿Y los inspectores? ¿Y el obispo?

—Los inspectores y el obispo ven con los ojos del cuerpo. Ustedes ven con los ojos del alma. Y los ojos del alma ven cosas que los otros ojos no pueden ver.

—¿Se va a quedar con nosotros?

—Siempre he estado con ustedes. Desde que se fundó este pueblo, desde que se sembró la primera semilla en esta tierra. Y voy a seguir estando, hueso o no hueso, milagros o no milagros.

Remedios despertó con el corazón lleno de paz. Supo que había sido la última visión, pero también supo que no la necesitaba. Ya había aprendido lo que tenía que aprender: que los santos no están en los huesos ni en las reliquias, sino en el amor que la gente se tiene unos a otros.

Al día siguiente le contó la visión al padre Tenoch, que la escuchó con los ojos brillantes de emoción.

—¿Sabes qué, Remedios? —le dijo—, creo que San Hilario tiene razón. Los milagros no están en el hueso. Los milagros están en ustedes, en la gente que cree, en la gente que ayuda, en la gente que no pierde la esperanza.

Y desde ese día, aunque siguieron viniendo peregrinos y siguieron pasando curaciones, nadie volvió a hablar de si el hueso era verdadero o falso. Porque habían entendido que la verdad no estaba en el hueso, sino en lo que el hueso había despertado en sus corazones.

En San Hilario de las Amapolas, donde hasta los milagros se toman su tiempo para llegar, la gente aprendió que a veces es más importante creer que entender, y que los santos verdaderos no son los que están en los altares, sino los que están en la vida de todos los días, ayudando al prójimo sin esperar nada a cambio.

Y el hueso siguió ahí, en su paño blanco, brillando con luz que venía no se sabe de dónde, recordándole a todo el que lo veía que los milagros más grandes no son los que se ven, sino los que se sienten.

Como las historias de San Hilario de las Amapolas, donde la fe no necesita pruebas para ser verdadera, y donde los corazones sencillos ven lo que los ojos complicados no pueden ver.

Capítulo 10

El juicio del burro sabio

Fue don Abundio quien se acordó del juicio.

Lo recordó una tarde en que los hermanos Avitia volvieron a pelearse, pero ahora no por la piedra sino por la herencia completa del rancho que había

quedado sin repartir desde la muerte del viejo Celerino, treinta años atrás. Treinta años de trabajar la tierra sin papeles, sin títulos, con la pura palabra empeñada de que cuando llegara el momento se las arreglarían como hermanos.

Pero el momento había llegado y los hermanos no se las arreglaban.

Cosme decía que él había invertido más dinero en la tierra, que había traído tractores y semillas mejoradas, que había hecho producir parcelas que antes no daban ni para el gasto. Agapito decía que él había puesto más sudor, que conocía cada piedra y cada mata del rancho, que la tierra lo reconocía porque la había trabajado con las manos desde que era niño.

Los dos tenían razón. Los dos estaban equivocados.

—En mis tiempos —dijo don Abundio, limpiándose los ojos nublados con un pañuelo que ya había servido para llorar tres entierros—, cuando no nos poníamos de acuerdo en pleitos de tierras, hacíamos el juicio huehuetzco.

—¿El qué? —preguntó Cosme, que por andar siempre con abogados y papeles había perdido la memoria de las costumbres viejas.

—El juicio del burro sabio. Mi abuelo me contó que así resolvían los pleitos en tiempos de antes, cuando no había jueces ni códigos civiles. Soltaban un burro en el terreno en disputa, y la parte donde el animal se ponía a comer, esa se quedaba con el que ganaba el juicio.

Agapito, que había estado callado toda la tarde, levantó la cabeza como quien oye música lejana.

—Mi bisabuelo también contaba de esos juicios. Decía que los burros saben reconocer la tierra buena, porque no tienen la cabeza llena de ideas como los hombres.

—Eso son tonterías —dijo Cosme—. Los burros no saben de leyes ni de derechos. Son animales.

—Los animales no mienten —contestó don Abundio—. Los animales no tienen ambiciones ni rencores. Sólo tienen hambre y sed, y saben dónde encontrar lo que necesitan.

La idea se quedó flotando en el aire como humo de cigarro, mezclándose con el olor a tierra húmeda que llegaba del campo donde los milagros de San Hilario habían hecho que lloviera más de lo normal.

Fue el padre Tenoch quien terminó de convencerlos.

—Hermanos —les dijo después de la misa del domingo—, llevan meses peleándose por la herencia. Han gastado más dinero en abogados que lo que vale la tierra. ¿Por qué no prueban el juicio antiguo? Total, si no les gusta el resultado, siempre pueden seguir con los pleitos.

—¿Y usted cree en eso, padre? —preguntó Cosme.

—Yo creo en la sabiduría de los antiguos. Y creo que a veces la solución más sencilla es la mejor. Además —sonrió—, después de los milagros que hemos visto, ¿quién dice que un burro no puede ser sabio?

Al final aceptaron, más por cansancio que por convencimiento. Porque ya estaban hartos de abogados que cobraban por cada papel, de jueces que aplazaban las audiencias, de pleitos que se alargaban como sombras al atardecer.

Don Abundio conocía al único burro que quedaba en el pueblo. Se llamaba Melesio, como el difunto dueño de la milpa abandonada, y vivía en el traspatio de la casa de la comadre Bernarda, que lo había heredado de su hermano y no sabía qué hacer con él.

Era un burro viejo, gris como piedra de río, con orejas que le colgaban como hojas secas y ojos que parecían haber visto muchas cosas pero que ya no se sorprendían de nada. Tenía una cicatriz en el lomo donde una vez lo había mordido un caballo, y cojeaba un poco de la pata izquierda, pero todavía tenía buenos dientes y buen olfato para la hierba tierna.

—Este burro es sabio —dijo don Abundio, acariciándole el hocico—. Ha vivido más años que muchos hombres, y nunca ha mentido ni ha traicionado a nadie.

—Es sólo un burro —insistió Cosme.

—Es sólo un burro —repitió don Abundio—. Por eso es sabio.

El juicio se fijó para el martes después de la luna llena, cuando el campo estaría bien iluminado y el animal podría ver dónde ponía las patas. Se corrió la voz por todo el pueblo, y la gente empezó a hacer apuestas sobre qué parte del rancho escogería Melesio.

Los que conocían al burro decían que iría directo a la parte baja, donde había más agua y la hierba era más verde. Los que conocían la tierra decían que subiría al cerro, donde el suelo era más rico y las plantas más jugosas. Los que no conocían ni al burro ni a la tierra apostaron nomás por apostar, como se apuesta a los gallos o a los números de la lotería.

La mañana del juicio amaneció clara como ojo de agua. Sin nubes, sin viento, con el sol saliendo despacio por detrás de los cerros como yema de huevo que se derrama sobre sartén caliente.

Llegaron todos: los hermanos Avitia con sus testigos, don Abundio con su bastón y su sabiduría de años, el padre Tenoch con su sotana remendada, las comadres con sus chismes y sus teorías sobre qué iba a pasar. Hasta vinieron gentes de otros pueblos, que habían oído hablar del juicio y querían ver cómo se resolvían los pleitos en San Hilario de las Amapolas.

Melesio llegó caminando despacio, como caminan los que no tienen prisa porque saben que al final todo llega. La comadre Bernarda lo había cepillado y le había puesto una cuerda nueva al cuello, no porque fuera necesario, sino porque le daba pena que la gente fuera a pensar que no cuidaba bien al animal.

—Aquí está el juez —dijo don Abundio—. El único juez que no se puede comprar con dinero ni convencer con palabras bonitas.

Cosme y Agapito se colocaron en los extremos del terreno en disputa. Era una parcela rectangular, de unas cinco hectáreas, que lindaba al norte con el cerro donde vivía Gloria, al sur con el arroyo que bajaba agua cuando llovía, al este con el camino real y al oeste con la milpa de don Requileo.

—Las reglas son sencillas —explicó don Abundio—. Soltamos al burro en el centro del terreno. La parte donde se ponga a comer, esa se queda con el dueño de esa parte. Si come del lado de Cosme, Cosme gana todo. Si come del lado de Agapito, Agapito gana todo. Si come en el medio, se reparten por partes iguales.

—¿Y si no come de ningún lado? —preguntó alguien de entre la gente.

—Entonces es que la tierra no sirve para nada, y mejor la dejan para el burro.

Se rieron, pero era risa nerviosa, como la que se ríe en los entierros cuando alguien cuenta un chiste para aliviar la pena.

Le quitaron la cuerda a Melesio y lo dejaron libre en el centro de la parcela. El animal se quedó quieto por un momento, moviendo las orejas como si estuviera oyendo algo que los demás no oían. Después levantó la cabeza, olfateó el aire, y empezó a caminar.

No caminó hacia ninguno de los lados. Caminó hacia adelante, hacia el centro exacto del terreno, donde había una mata de hierba buena que nadie había visto porque estaba escondida entre los surcos viejos.

Se puso a comer despacio, masticando cada bocado como si lo estuviera saboreando, sin prisa, sin voltear a ver a la gente que lo miraba con los ojos muy abiertos y la boca muy cerrada.

—El burro escogió el centro —dijo don Abundio—. Eso significa que la tierra se reparte por partes iguales.

Pero Melesio no se quedó ahí. Después de comer la hierba del centro, caminó hacia el lado de Agapito, donde había unas matas de alfalfa que habían crecido solas después de las lluvias de los milagros. Se puso a comer otra vez, pero ahora más rápido, como si tuviera más hambre.

—Ahora está en mi lado —dijo Agapito.

—Espérate —le contestó Cosme—. Todavía no termina.

Y tenía razón. Después de la alfalfa, Melesio caminó hacia el lado de Cosme, donde había unos nopales tiernos que se veían jugosos bajo el sol de la mañana. Los mordisqueó con cuidado, evitando las espinas, como hacen los burros que saben comer tunas sin lastimarse la boca.

—Ahora está en mi lado —dijo Cosme.

Pero el burro siguió caminando. Fue hacia el arroyo, donde había hierba fresca junto al agua. Después hacia el cerro, donde había quelites que sabían a gloria. Después hacia el camino, donde crecían verdolagas entre las piedras.

Estuvo toda la mañana caminando por el terreno, comiendo un poco de aquí y un poco de allá, como si fuera su casa y conociera cada rincón, cada mata, cada lugar donde la tierra daba lo mejor de sí.

La gente lo siguió sin hacer ruido, como procesión silenciosa, viendo cómo el animal escogía siempre la mejor hierba, la más tierna, la más jugosa, sin equivocarse nunca, como si tuviera ojos en la boca y supiera el sabor de las cosas antes de probarlas.

Al mediodía, cuando el sol estaba en lo más alto y ya no había sombra donde refugiarse, Melesio se echó bajo la sombra de un mezquite que crecía exactamente en el centro del terreno. Cerró los ojos y se quedó dormido, con la barriga llena y la conciencia tranquila.

—¿Y ahora qué? —preguntó Cosme.

—Ahora esperamos —dijo don Abundio—. El juicio no termina hasta que el burro diga que terminó.

Esperaron toda la tarde. El burro durmió como duermen los que no tienen culpas, respirando despacio, moviendo las orejas de vez en cuando para espantar las moscas. La gente se sentó en el suelo, bajo los pocos árboles que había, esperando a que pasara algo.

Al atardecer, cuando el sol empezaba a ponerse rojo detrás de los cerros, Melesio despertó. Se levantó despacio, se sacudió el polvo del lomo, y caminó otra vez hacia el centro del terreno. Ahí se puso a rebuznar.

No era el rebuzno común de los burros, ese que suena como lamento o como queja. Era un rebuzno largo, musical, como si el animal estuviera cantando una canción que sólo él conocía. Un rebuzno que sonaba a tierra mojada, a semillas que germinan, a futuro que llega sin prisa pero sin pausa.

Cuando terminó de rebuznar, se quedó quieto, mirando hacia el horizonte donde el sol se hundía como moneda de oro en pozo profundo.

—Ya terminó —dijo don Abundio—. El burro ya dio su veredicto.

—¿Y cuál es el veredicto? —preguntaron los hermanos al mismo tiempo.

Don Abundio sonrió con esa sonrisa que tienen los viejos cuando saben algo que los jóvenes no saben.

—El veredicto es que la tierra no se puede dividir. El burro comió de todas partes porque toda la tierra es una sola tierra. Como ustedes son un solo sangre, aunque se peleen.

—Pero tiene que haber un ganador —insistió Cosme.

—El ganador es la tierra —contestó don Abundio—. Y la tierra gana cuando los que la trabajan se ponen de acuerdo.

Agapito, que había estado callado toda la tarde, se acercó a su hermano.

—¿Sabes qué, Cosme? Don Abundio tiene razón. El burro nos está diciendo que dejemos de pelearnos.

—¿Tú crees?

—Yo creo que hemos sido muy tontos. Peleándonos por dividir algo que es mejor cuando está junto.

Se miraron a los ojos, como se habían mirado junto a la piedra del lindero, pero ahora sin coraje, sin ganas de pelear. Con ganas, más bien, de recordar que antes de ser enemigos habían sido hermanos.

—¿Qué propones? —preguntó Cosme.

—Propongo que trabajemos la tierra juntos. Que la mitad sea tuya y la mitad sea mía, pero que la trabajemos como si fuera de los dos.

—¿Como una sociedad?

—Como una hermandad.

Cosme se quedó pensando. Había gastado tanto dinero en abogados, había perdido tanto tiempo en pleitos, había sufrido tanto con las peleas, que la idea de la paz le sonaba extraña, como música que no había oído en mucho tiempo.

—Está bien —dijo al final—. Probemos.

Se dieron la mano ahí mismo, junto al burro que había resuelto en un día lo que ellos no habían podido resolver en años. La gente aplaudió, las comadres lloraron, el padre Tenoch dijo una oración de agradecimiento.

Melesio, que había visto todo sin inmutarse, se acercó a los hermanos y les lamió las manos con su lengua áspera, como si los estuviera bendiciendo.

Desde ese día, nadie volvió a hablar de dividir el rancho San Hilario.

Los hermanos Avitia trabajaron juntos, cada uno aportando lo que sabía: Cosme su conocimiento de máquinas y técnicas modernas, Agapito su sabiduría de tierra y tradiciones antiguas. La parcela donde había sido el juicio la dejaron para Melesio, que se quedó ahí a vivir sus últimos años, comiendo hierba buena y durmiendo bajo el mezquite, como rey que descansa después de haber resuelto el pleito más importante de su reino.

Y cuando alguien llegaba de fuera preguntando cómo se resolvían los pleitos en San Hilario de las Amapolas, la gente contestaba:

—Aquí los pleitos los resuelve un burro. Y nunca se equivoca, porque los burros son más sabios que los hombres. Saben que la tierra no es para dividir, sino para compartir.

Como las historias de este pueblo, donde hasta los animales enseñan lecciones de sabiduría, y donde los juicios más justos son los que dicta el corazón, no los códigos.

Donde la verdad no está en los papeles ni en las leyes, sino en la tierra que todos pisan y en el cielo que todos miran, y donde un burro viejo puede ser el juez más sabio del mundo, porque no tiene ambiciones ni rencores, sólo hambre de hierba buena y sed de agua clara.

Y sed de justicia, que es lo mismo que sed de paz.

Capítulo 11

El diluvio del 93

Empezó a llover un martes de septiembre, cuando el aire olía todavía a milagros recientes y las amapolas habían crecido más rojas que nunca en los campos de San Hilario.

Al principio fue lluvia común, de esa que cae mansa en las tardes y hace que las gallinas se escondan bajo los aleros. Pero al segundo día ya no era lluvia común. Era lluvia que parecía tener prisa, lluvia que caía como si el cielo se hubiera roto y toda el agua del mundo quisiera salirse de una vez.

—Esta lluvia no es normal —dijo la comadre Remedios, parada en el quicio de su puerta, viendo cómo el agua corría por las calles como ríos pequeños que buscaran el mar.

—Es la lluvia que profetizó doña Crescencia —contestó la comadre Eufemia —. La lluvia de bendiciones que iba a separar a los que tienen fe de los que no la tienen.

Pero al tercer día ya no parecía lluvia de bendiciones. Parecía lluvia de castigo.

El arroyo que bajaba del cerro, ese que la mayor parte del año era nomás una línea de piedras secas con charquitos de agua verde, se volvió río bravo que se llevaba todo lo que encontraba: gallinas, cerdos, hasta el burro sabio Melesio, que murió ahogado tratando de llegar a terreno alto.

—Se llevó al juez —dijo don Abundio, con los ojos llorosos, viendo cómo el agua arrastraba el cuerpo gris del animal que había resuelto el pleito de los hermanos Avitia—. Se llevó al único juez honesto que teníamos.

Al cuarto día el agua ya había llegado a la plaza del pueblo. Al quinto, a las casas más bajas. Al sexto, la iglesia parecía barco varado en medio de un lago chocolate que crecía y crecía sin parar.

La gente se refugió donde pudo. Los que tenían casas en el cerro subieron a los techos. Los que vivían en las partes bajas se fueron a casa de parientes o se metieron en la escuela, que estaba en terreno un poco más alto.

Pero el agua siguió subiendo.

—Nunca había llovido así —decía el padre Tenoch, metido hasta las rodillas en el agua lodosa que ya había entrado a la iglesia—. Ni mi abuelo, que vivió cien años, vio lluvia como esta.

—Es que San Hilario se enojó —decía doña Crescencia—. Se enojó porque vinieron los inspectores de la ciudad a dudar de sus milagros.

—No digas tonterías —le contestó Cosme Avitia, que estaba ayudando a sacar los santos de la iglesia antes de que se los llevara la corriente—. Esto no es castigo divino. Esto es fenómeno meteorológico.

Pero ni Cosme, con toda su fe en la ciencia, podía explicar por qué llovía tanto y por qué el agua parecía tener vida propia, como si supiera exactamente qué cosas llevarse y cuáles dejar.

Se llevó la cantina de don Requileo, donde los borrachos gastaban el dinero que no tenían. Se llevó la casa de empeños donde el usurero guardaba las prendas de la gente pobre. Se llevó el archivo municipal donde estaban los papeles de todos los pleitos de tierras que nunca se habían resuelto.

Pero no se llevó la casa de Gloria, allá arriba en su cerro, como si el agua supiera que ella era la única que nunca le había hecho daño a nadie. No se llevó la casa de la comadre Remedios, donde habían empezado los milagros. No se llevó el mezquite donde había dormido el burro sabio, aunque sí se llevó al burro.

Al séptimo día, cuando ya no había lugar seco en todo el pueblo excepto el cerro de Gloria y los techos más altos, los hermanos Avitia se encontraron refugiados en el lugar más inesperado: el excusado de adobe que había construido su padre junto al rancho, allá en los tiempos en que todavía creía que iba a vivir para siempre.

Era un excusado sólido, construido con adobe bueno y cal de la mejor, techado con vigas de mezquite que habían resistido años de sol y lluvia. El viejo Celerino lo había hecho pensando en que durara, porque decía que un hombre se conoce por la calidad de su excusado: si es firme, el hombre es serio; si se cae, el hombre no sirve.

Ahí estaban los tres hermanos —porque Agapito había buscado a Gloria cuando vio que el agua llegaba hasta su cerro— apiñados en los dos metros cuadrados del excusado más sólido del pueblo, oyendo cómo la lluvia golpeaba el techo como granizo, viendo por la ventanita cómo el agua se había tragado todo lo que habían conocido desde niños.

—Quién iba a decir —murmuró Agapito— que íbamos a acabar los tres juntos en el lugar donde nuestro padre venía a hacer sus necesidades.

—El viejo sabía construir —dijo Cosme, tocando las paredes gruesas que no se movían ni con el viento ni con la lluvia—. Esto va a durar más que nosotros.

Gloria, que había estado callada desde que llegaron, habló con esa voz suave que tenía desde niña:

—¿Se acuerdan cuando éramos chicos y nos escondíamos aquí cuando llovía? Papá se enojaba porque decía que no era lugar para jugar.

—Pero aquí jugábamos —dijo Agapito—. Aquí nos contábamos secretos.

—Aquí planeábamos travesuras —siguió Cosme.

—Aquí nos perdonábamos cuando nos peleábamos —terminó Gloria.

Y era cierto. En ese lugar que ahora les salvaba la vida, habían pasado las tardes de lluvia de su infancia, cuando el mundo era más pequeño y los problemas más grandes eran si iba a salir el sol o si la gallina había puesto huevos.

Afuera, el agua siguió subiendo. Ya no se veía nada del pueblo, sólo la punta del campanario de la iglesia y algunos techos que parecían islas perdidas en un mar café que se movía despacio, como aceite.

—¿Creen que vamos a morir aquí? —preguntó Gloria.

—Si vamos a morir —contestó Agapito—, por lo menos vamos a morir juntos.

—Como debería haber sido siempre —añadió Cosme.

Y por primera vez en años, los hermanos se miraron sin rencor, sin envidias, sin las heridas viejas que habían cargado tanto tiempo como costales de maíz demasiado pesados.

—¿Saben qué? —dijo Agapito—. Creo que nos peleamos por puras tonterías.

—La piedra del lindero —murmuró Cosme.

—El rancho —siguió Agapito.

—El orgullo —terminó Gloria.

—Todo se lo está llevando el agua —dijo Cosme—. Las tierras por las que nos peleamos, las casas que construimos, los papeles que firmamos.

—¿Y saben qué más se está llevando? —preguntó Gloria.

—¿Qué?

—Los rencores. Los enojos. Las ganas de pelear.

Era verdad. Ahí, refugiados en el excusado de su padre, viendo cómo el diluvio se llevaba pedazo por pedazo el mundo que habían conocido, sentían que también se llevaba todo lo malo que habían guardado en el corazón.

—Tengo hambre —dijo Gloria de repente.

—Yo también —dijeron los hermanos.

Pero no tenían qué comer. Sólo tenían el agua de lluvia que se colaba por las rendijas del techo y que sabía a tierra, a hojas, a todo lo que había tocado antes de llegar hasta ellos.

—¿Se acuerdan de las tortas que hacía mamá cuando llovía? —preguntó Gloria.

—De frijol con chile —dijo Agapito.

—Con sal gorda —añadió Cosme.

—Y café de olla con canela —terminó Gloria.

Hablaron de comida. Hablaron de su madre, que había muerto cuando ellos eran jóvenes y que nunca había visto crecer sus pleitos. Hablaron de su padre, que había construido el excusado donde ahora estaban y que tampoco había visto en qué se había convertido la familia después de su muerte.

—¿Creen que papá sabía que íbamos a acabar peleándonos? —preguntó Gloria.

—Creo que sabía muchas cosas —contestó Agapito—. Por eso construyó este lugar tan sólido. Para que cuando todo se viniera abajo, tuviéramos donde refugiarnos.

—Y para que nos acordáramos de que somos hermanos —añadió Cosme.

Pasaron la noche despiertos, oyendo cómo el agua golpeaba las paredes, sintiendo cómo el frío se les metía hasta los huesos, pero también sintiendo algo que no habían sentido en años: la tranquilidad de estar juntos, sin máscaras, sin mentiras, sin ganas de lastimarse unos a otros.

Al amanecer del octavo día, la lluvia empezó a calmarse.

Primero fue menos ruido en el techo. Después, menos agua corriendo. Al mediodía, por fin se pudo ver un pedazo de cielo azul entre las nubes.

—Ya escampó —dijo Agapito.

Pero cuando abrieron la puerta del excusado, vieron que el mundo había cambiado para siempre.

Donde antes había estado el pueblo, ahora había un lago. Donde habían estado las casas, los corrales, las calles, ahora había agua quieta que reflejaba el cielo como espejo roto. De la iglesia sólo se veía la cruz del campanario. De las casas, sólo algunos techos de lámina oxidada que brillaban bajo el sol como escamas de pescado muerto.

—Se acabó —murmuró Cosme—. Se acabó San Hilario de las Amapolas.

—No se acabó —dijo Gloria—. Se limpió.

Y tenía razón. Porque aunque el agua se había llevado las casas y los corrales, los pleitos y los rencores, no se había llevado lo importante: la gente que había sobrevivido, los recuerdos que valían la pena, la tierra que seguía ahí debajo del agua, esperando a que bajara el nivel para volver a dar sus frutos.

En los días que siguieron, cuando el agua empezó a bajar, la gente que había sobrevivido se juntó para reconstruir. Pero no reconstruyeron igual que antes. Reconstruyeron mejor.

Las casas las hicieron más altas, en terreno firme. Las calles las trazaron siguiendo el curso natural del agua, no peleando contra ella. Los corrales los pusieron donde no estorbaran a las corrientes que venían del cerro.

Y los hermanos Avitia, que habían compartido el excusado durante el diluvio, decidieron que ya no iba a haber más pleitos de tierras.

—La tierra es de quien la trabaja —dijo Agapito.

—Con amor y con respeto —añadió Cosme.

—Y sin olvidar que somos hermanos —terminó Gloria.

Repartieron el rancho en tres partes iguales, pero trabajaron como si fuera una sola tierra. Cosme puso sus máquinas y su conocimiento de técnicas modernas. Agapito puso su sabiduría de campesino y su conocimiento de las

costumbres de la tierra. Gloria puso su paz y su manera de ver las cosas con el corazón.

Y el rancho prosperó como nunca había prosperado, porque la tierra, como los hermanos, había aprendido que es mejor estar unida que dividida.

El nuevo San Hilario de las Amapolas se construyó sobre los cimientos del viejo, pero con la sabiduría que da haber perdido todo y haber descubierto que lo único que importa de verdad es lo que no se puede llevar ningún diluvio: el amor, la familia, la esperanza de que mañana va a ser mejor que hoy.

Y en el lugar donde había estado el excusado que los salvó, los hermanos plantaron un árbol. Un mezquite igual al que había cobijado al burro sabio, para que diera sombra a los que vinieran después y para que recordara a todo el que lo viera que a veces hay que perderlo todo para encontrar lo que de verdad vale la pena.

Como en San Hilario de las Amapolas, donde hasta los diluvios enseñan lecciones de hermandad, y donde el lugar más humilde puede convertirse en el refugio más sagrado cuando llega la tormenta.

Epílogo

Con espinas

Dicen que don Celerino Avitia sigue caminando por los senderos del rancho cuando baja la tarde y las amapolas se vuelven rojas como sangre derramada. Lo han visto los turistas que llegan en sus camionetas relucientes, buscando esa paz que se vende por euros y que creen que pueden comprar como quien compra un sarape en el mercado.

Pero don Celerino no camina para los turistas. Camina para ver lo que hicieron sus hijos con la tierra que les dejó, con el testamento que redactó como quien siembra maíz: sabiendo que va a tardar en dar fruto, pero confiando en que al final va a crecer.

Los encuentra siempre en el mismo lugar: sentados en el portal de la casa grande, repartiendo los huevos de las gallinas con la precisión de contadores que dividen centavos. Tres montoncitos iguales sobre la mesa de pino que hizo el abuelo con sus propias manos, cuando todavía creía que las cosas hechas por uno mismo duraban para siempre.

—Doce para ti, Cosme. Doce para ti, Agapito. Doce para ti, Gloria.

Las palabras salen secas como hojas de otoño, medidas, sin sobrar ni faltar. Como si hubieran aprendido a hablar nomás lo necesario para no lastimarse otra vez con las palabras que duelen.

Don Celerino se sienta en su mecedora invisible y los mira repartir. No sólo los huevos. También los dividendos del negocio que montaron con la bendición de los milagros de San Hilario. Ecoturismo, le llaman. Como si la

naturaleza fuera cosa que se puede empacar en sobrecitos y vender a precio de dólar.

—Treinta mil pesos para cada uno —dice Cosme, contando los billetes como quien cuenta los granos de una mazorca—. Fue buena temporada.

—Sí —dice Agapito.

—Sí —dice Gloria.

Y ahí se acaba la conversación. Tres síes que suenan como tres puertas que se cierran. Tres síes que no significan nada más que: "Ya cumplimos con la parte que nos toca, ahora cada quien a su rincón".

Don Celerino suspira con ese suspiro que tienen los muertos cuando ven que los vivos no han aprendido lo que deberían haber aprendido. Porque sus hijos sí aprendieron a no matarse por la herencia. Aprendieron a repartir los huevos y el dinero con justicia matemática. Aprendieron a trabajar la tierra sin destruirse unos a otros.

Pero no aprendieron a quererse.

Se hablan por necesidad, como se hablan los socios de un negocio que les va bien. Se reparten las ganancias con honradez, como se reparten los comerciantes que no se quieren robar entre ellos. Viven en la misma casa, comen en la misma mesa, duermen bajo el mismo techo.

Pero no se tocan. No se miran a los ojos. No se preguntan cómo durmieron o si les duele algo o si se acuerdan de los domingos cuando su madre hacía mole y la casa olía a fiesta.

Don Celerino los ve levantarse de la mesa después del reparto. Cada uno toma su camino: Cosme hacia la oficina donde lleva las cuentas del negocio, Agapito hacia los corrales donde cuida a los animales que sirven para que los turistas se tomen fotos, Gloria hacia el jardín donde cultiva las flores que venden como "auténticas amapolas milagrosas de San Hilario".

Los ve alejarse y siente que su corazón muerto se le encoge como fruta que se seca al sol. Porque él había querido que sus hijos aprendieran a repartir, sí, pero también que aprendieran a compartir. Que aprendieran que la herencia más grande no es la tierra ni el dinero, sino el amor que se tienen como hermanos.

Pero el amor no se puede heredar en un testamento. El amor no se puede repartir en partes iguales. El amor no se puede comprar con euros ni se puede vender como experiencia turística.

El amor hay que dárselo uno mismo, como agua que se da a la tierra seca. Y sus hijos, que habían aprendido a dar agua a la tierra, no habían aprendido a dársela entre ellos.

Por eso don Celerino sigue caminando por los senderos del rancho. Porque los muertos no descansan hasta que ven que los vivos han encontrado la paz verdadera, no la que se vende a los turistas que llegan buscando milagros empacados en tours de fin de semana.

Camina cuando anochece, cuando los turistas ya se han ido a sus hoteles con aire acondicionado y sus camas que no crujen. Camina cuando sus hijos se quedan solos en la casa grande, cada uno en su cuarto, cada uno con su televisión, cada uno con su soledad que comparten pero que no se atreven a confesarse.

Camina esperando el día en que Cosme le diga a Agapito: "Hermano, ¿te acuerdas cuando éramos niños?" O el día en que Agapito le diga a Gloria: "Hermana, me haces falta". O el día en que Gloria les diga a los dos: "Los quiero".

Camina esperando el día en que dejen de repartir y empiecen a compartir. El día en que dejen de ser socios y vuelvan a ser familia.

Hasta entonces, don Celerino seguirá caminando por los senderos de San Hilario de las Amapolas, donde los milagros siguen sucediendo pero los más importantes son los que todavía no han sucedido: los milagros del perdón, de la reconciliación, del amor que vuelve a nacer entre hermanos que se perdieron y se buscan sin saberlo.

Como en todos lados donde el dinero alcanza para vivir pero no para ser feliz, y donde los muertos andan más vivos que los vivos porque no han perdido la esperanza de que algún día todo va a estar bien.

Algún día, cuando los turistas dejen de venir y las amapolas crezcan nomás para ser bonitas, no para ser milagrosas. Cuando los hermanos se cansen de contar huevos y empiecen a contar recuerdos. Cuando descubran que la herencia más valiosa que les dejó su padre no fue la tierra ni el testamento, sino los años que vivieron juntos antes de aprender a vivir separados.

Ese día, don Celerino dejará de caminar. Ese día, por fin, podrá descansar.